

ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 145 Febrero 2025

El hombre que no quería morir: tras la búsqueda de la inmortalidad

La Torre Picasso

Mosaico de Lucio Axio: un mosaico cosmogónico en Cordoba

Inteligencia artificial: huella ecológica

El misterio de la muerte

El laberinto de los extraviados: Occidente y sus adversarios

Literatura: un mensaje para el alma



SUMARIO

4



El hombre que no quería morir: tras la búsqueda de la INMORTALIDAD

20



La Torre Picasso Arde Bogotá

24



MOSAICO de Lucio Axio

27

INTELIBENCIA ARTIFICIAL: huella ecológica



36



El misterio de la MUERTE

48 El laberinto de los extraviados



54

LITERATURA, un mensaje para el alma



Revista digital n.º 145 Febrero 2025
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

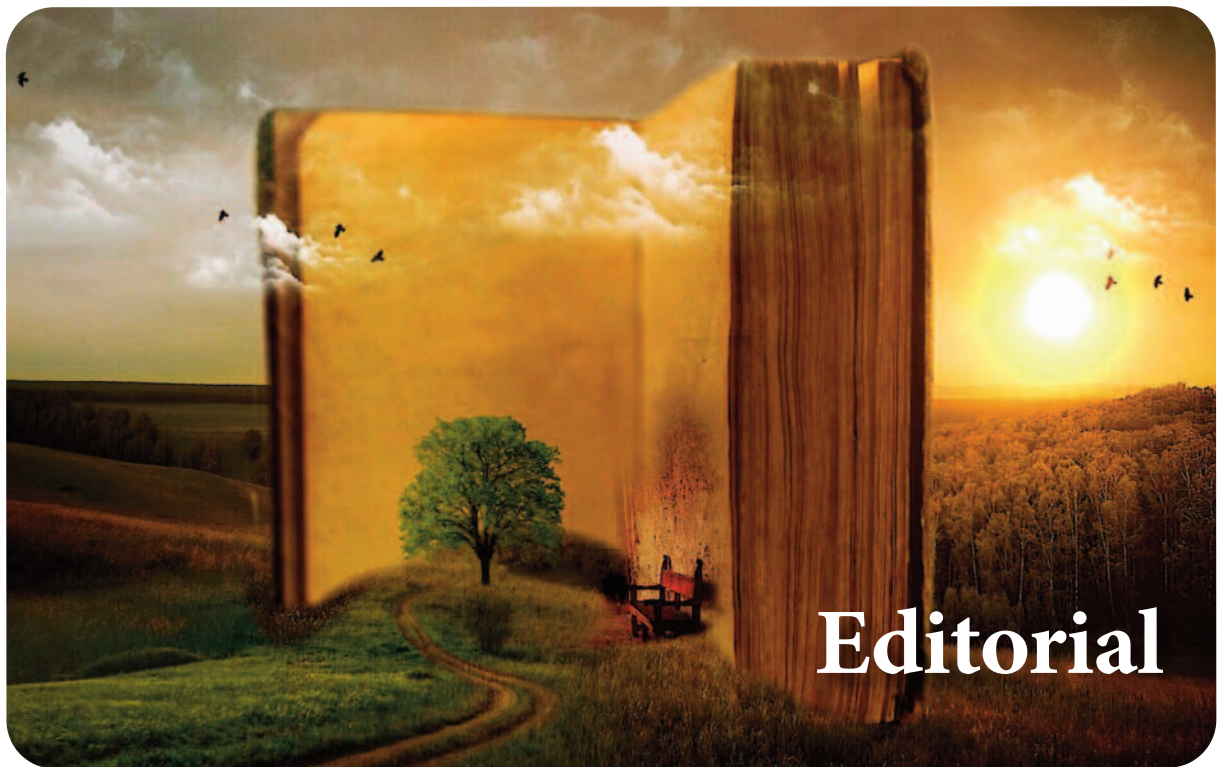
MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Fígares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.





Literatura para el alma

Recomendamos el mes pasado acercarnos lo más posible a la gran música como el mejor medio de elevar el alma, recuperar la serenidad perdida y conseguir la purificación interior, entre otros bienes; pues bien, en esta edición de Esfinge recomendamos algo semejante: uno de nuestros colaboradores se ha fijado en la literatura, una herramienta para crear belleza por medio del arte de las palabras, en las diferentes modalidades en que se manifiesta.

En efecto, es una recomendación muy oportuna, pues la literatura, como las demás artes, ofrece muy variadas oportunidades, caminos, horizontes e incluso técnicas que pueden aprenderse y practicarse gracias a la versatilidad de los lenguajes y las variedades que nos ofrecen.

No en vano, de las nueve musas, hijas de Zeus y Mnemósine —la diosa que nos permite recordar—, varias de ellas estaban consagradas a diversas formas de la literatura: Calíope, musa de la poesía; Clío, de la historia y las epopeyas; Erato tiene a su cargo los himnos; Melpómene, la tragedia...

Convivir con la literatura nos acerca a mundos pretéritos y también a los actuales, nos permite abrir nuestro corazón con unos poemas que surgen desde nuestro interior, uniéndonos de manera fraternal a quienes consiguieron poner en versos sus sentimientos más elevados... y entablar interesantes diálogos silenciosos.

Cuánto agradecimiento merecen quienes supieron llegar a nuestra alma gracias a la belleza de la literatura.

El Equipo de Esfinge

El hombre que no quería MORIR: ¿tras la búsqueda (insensata) de la INMORTALIDAD?



Fátima Gordillo

Cuenta¹ la mitología sumeria que, cuando el rey Gilgamesh vio morir a su amigo Enkidu, no solo quedó abatido por el dolor, sino aterrorizado al darse cuenta de que el destino de Enkidu sería, tarde o temprano, el suyo. Gilgamesh se embarcó entonces en una odisea para encontrar el secreto de la inmortalidad. Después de innumerables peripecias, el rey logró que el viejo Utnapishtim, superviviente del diluvio al que los dioses habían bendecido con la vida eterna, le revelara la fórmula: una planta mágica que restablecía la juventud. Sin embargo, poco después de encontrarla, una inoportuna serpiente le roba la planta, y queda así condenado, como el resto de los mortales, a finalizar su vida y entrar en las regiones infernales.

A lo largo de la historia ha habido muchos Gilgamesh. Millones de personas se han esforzado en eludir a la parca. Su insensatez les llevó, en muchos casos, a abrazar la prácticas nigrománticas o a caer en manos de charlatanes, vendedores de elixires o falsos alquimistas. La leyenda del grial, Shangri La, la piedra filosofal, el vellocino de oro o la fuente de la eterna juventud han sido algunas de las historias que han despertado en los hombres la ilusión de mantener la vida y la juventud a toda costa. El precio de ese deseo ha sido la muerte, la locura o el ridículo, como en el caso de la sangrienta condesa rumana Bathory, Enrique de Villena, Cagliostro o Claudio Hermippus. Todos se han convertido ya en polvo, pero el afán persiste. Ahora, esperanzados por los avances de la medicina y la inteligencia artificial, nuevos buscadores se aventuran en la conquista de la eternidad.

¹ Este artículo fue publicado por primera vez el 23 de febrero de 2015 en la desaparecida revista *Tek'n'Life*. Algunas referencias pueden haber cambiado en estos diez años, pero el contexto general en el que se enmarca el artículo, no. Por esta razón lo presentamos sin apenas modificaciones sobre la primera versión.

El privilegio de las élites

La muerte nos iguala a todos. Eso dicen al menos, y así ha venido siendo desde el principio de los tiempos. Todo lo que nace tiene que morir. Es una ley inmutable que afecta a las células y a los planetas. Quizá por eso causan cierta gracia las aspiraciones inmortales, porque aunque realmente se lograra crear un cuerpo que durase para siempre, el planeta, tarde o temprano, tendría que desaparecer, y el Sol, y el universo... Eso si la mente humana es capaz de soportar el peso psicológico de tantos y tantos miles de años viva. Sería irónico lograr la inmortalidad y que las circunstancias de la vida (nadie garantiza que la vida eterna sea feliz) te hagan desear la muerte. Lo que sí está claro es que, de conseguirlo la ciencia, esta tendría un precio, y no estaría precisamente al alcance de todos. Solo unos pocos podrían pagarla, quizá los mismos pocos que ahora están invirtiendo parte de sus fortunas en la investigación contra el envejecimiento.

A los extremos de los cromosomas se les llama telómeros. Conforme ha ido avanzando la investigación genética, se ha ido desvelando el papel fundamental que parecen desempeñar los telómeros en el proceso de envejecimiento y en el desarrollo de enfermedades como el cáncer. A medida que una célula se va replicando, los telómeros se van acortando, lo que afecta en un 30% aproximadamente al envejecimiento y posterior muerte celular. Básicamente funcionan como una especie de contador, de manera que, cuando se alcanza un determinado número de replicaciones, la célula entiende que debe morir y se «suicida». Sin embargo, parecen existir factores que pueden modificar el contador telomérico, como la alimentación, el ejercicio físico y el estilo de vida, razón por la cual la esperanza de vida ha ido creciendo en los últimos años, y con ella las corrientes de pensamiento dentro de la ciencia que intentan entender por qué envejecemos y por qué morimos... para tratar de evitarlo.



Algunos científicos opinan que envejecimiento y muerte son parte del proceso mismo de la vida, y están preprogramados igual que lo están el cambio de dentición o la pubertad. Otros, en cambio, sostienen que no están programados, sino que se deben a fallos (podría ser que estuviésemos preprogramados para fallar, porque no ha habido ser en la existencia que no falle). De ser así, bastaría conocer el origen de esos fallos para evitarlos. Quizá la clave esté en esa diminuta porción de ADN que son los telómeros. La investigación de los telómeros ha llevado hasta las farmacias estadounidenses un medicamento llamado TA65, una píldora que promete alargar la vida de los telómeros. El TA65 se ha servido de una trampa para sortear los controles sanitarios: en lugar de venderse como medicamento, se comercializa bajo la fórmula de suplemento nutricional. Hace algunos años el precio rondaba los 495 € el frasco de 90 cápsulas; hoy Amazon te manda a casa un bote de 30 cápsulas por 108 €... o una crema para la piel de 118 ml por la módica cantidad de 980 €. Aprovechando sus supuestos efectos antienvjecimiento, promete mejorar también el sistema inmune, la libido, la energía, la vista, el sueño y la elasticidad de la piel. Nadie quiere vivir para siempre en un cuerpo viejo.

Pero ¿para qué sirve saber cuánto miden tus telómeros? Inicialmente, solo tiene un valor preventivo, destinado a conocer con antelación la posibilidad de aparición prematura de enfermedades relacionadas con el envejecimiento. Hablamos solo de posibilidades. En el caso de que los resultados de los análisis fuesen negativos, lo único que puede hacer el paciente es cambiar su estilo de vida, ya que eso es, fundamentalmente, lo que más influye en el acortamiento temprano (o no) de los telómeros. La misma empresa aconseja medirse los telómeros al menos una vez al año, aunque lo óptimo (según ellos) sería hacerlo cada seis meses. El coste de ponerle la cinta métrica a los telómeros oscila entre los 500 € y los 1000 €. Te los midas o no te los midas, llevar una vida sana no le viene mal a nadie. Y si tus hábitos de vida son claramente insanos, no necesitas un análisis para saber el camino que está tomando tu cuerpo.





El mal eterno

¿Quién tendría acceso a la inmortalidad? Una inmortalidad generalizada ocasionaría un serio problema de competencia por los recursos y una extensión hacia el infinito del crecimiento de la población, algo del todo insostenible, salvo que la vida eterna llevara aparejada la esterilidad. No, solo unos pocos (y extremadamente ricos) serían los privilegiados; en tal caso, el problema lo tendría el conjunto de la humanidad. Veamos.

¿Alguien conoce alguna forma honrada y justa (no confundir la justicia con las leyes, no son lo mismo) de hacerse inmensamente rico sin pisotear a nadie, sin explotar a nadie, sin ponerse por encima de otros, sin ser ambicioso...? Y, en el caso de haber nacido ya con una fortuna o de que te toque la lotería, en el sistema en que vivimos, ¿hay alguna forma ética de mantener y acrecentar esas riquezas? No le des más vueltas, la respuesta es «no»; tarde o temprano hay que tomar una decisión que perjudicará a otros. Igual que existe una ley universal que determina que todo lo que nace debe morir, hay otra que señala que, para que uno tenga mucho, otro debe tener poco, y si el «mucho» se convierte en «más y más», el «poco» acabará siendo «nada». El exceso en un lado de la balanza siempre supone un defecto en el otro; el desequilibrio será directamente proporcional a la diferencia entre ambos platos de la balanza. Algunas cifras arrojan una proporción de mil personas pobres para que haya una rica. Los discursos sobre la amplia clase media, el estado del bienestar y la democratización de los recursos no deja de ser una falacia que apenas logra enmascarar esa abismal diferencia, y la evidencia de que la excesiva riqueza siempre, siempre, siempre, se hace a costa de otras personas.

En un artículo (muy recomendable) publicado hace algunos años en *El Confidencial*, se ponía de manifiesto esta realidad: la gente inmensamente rica se cree por encima del bien



y del mal. El periodista británico Jacques Peretti estuvo seis meses conviviendo con algunos de los hombres más económicamente solventes del planeta. Una de las conclusiones que saca Peretti es que su riqueza «les ha deshumanizado»; creen que el dinero nos («les», evidentemente) hace mejores personas y que se merecen todo lo que tienen. De alguna forma, opinan que los que no salen adelante es porque no se esfuerzan lo suficiente. Así justifican su defensa del darwinismo social y se consuelan creyendo que los ataques de los menos favorecidos se deben a la envidia y a su incapacidad para triunfar, sin pensar jamás que puedan ser ellos los que crean la estructura social que mantiene a los pobres en su sitio y garantiza que siga siendo así por mucho, mucho tiempo.

Si todos tuviesen las mismas oportunidades de verdad, ellos dejarían de ser élite. Se creen los más aptos porque tienen más, pero su concepción del mundo y de la vida, tan alejada de la realidad y de la capacidad de empatía, refleja más una patología psicomental que una visión objetiva del mundo. Mientras, hay personas que no se pueden permitir siquiera disfrutar de una relación en pareja porque no tienen dinero ni para sostenerse a sí mismas. Ahora viene la gran cuestión. Si finalmente la ciencia logra alargar indefinidamente la vida, ¿qué vidas serán las preservadas? ¿Las de los que acrecientan las diferencias o las de los que las reducen? ¿Las de los que se creen justificados por la divinidad, el destino o lo que sea para mantener su «merecido» estatus o las de quienes son capaces, realmente, de identificarse con el otro y mejorar a la humanidad? El darwinismo social es una falacia alimentada por el insano deseo de validar la superioridad en función del dinero; de entender el poder desde el capital. Sin embargo, si a la ciencia nos atenemos, y si a Darwin nos remitimos, hay dos frases atribuidas a él que aportan una importante corrección al extremismo de algunos darwinistas (lamentablemente parece ser norma común que los seguidores de una idea sean a veces más extremistas que el que formuló inicialmente la idea). Esas frases son

las siguientes: «Si la miseria del pobre es causada, no por la naturaleza, sino por las instituciones, grande es nuestra infamia»; «En la larga historia de la humanidad (incluso de la especie animal), son aquellos que aprenden a colaborar y a improvisar los que tendrán más posibilidades de prevalecer».

El mayor conocimiento que existe ahora en neurociencia y en psicología dan el espaldarazo a muchas de las ideas originales de Darwin (algunas de las cuales son rechazadas por los darwinistas, dicho sea de paso). Científicos como Gerald Hüther, autor de *La evolución del amor*, declaró en una entrevista publicada por la Agencia Sinc que «solo la gente “amorosa” es capaz de tratar a los demás como sujetos. Pero, en la actualidad, nuestra cultura favorece a aquellos que usan y manipulan a los demás para lograr sus propósitos. A menos que este tipo de relaciones interpersonales y culturales desarrolladas a lo largo de la historia se supere, no seremos capaces de resolver ninguno de los problemas a los que nos enfrentamos ahora. La lucha por el poder y la dominación es la verdadera causa de todos nuestros problemas».

El más apto no es el que tiene más, sino el que necesita menos. La ambición desmedida es una patología que enferma a toda la humanidad. Quizá por eso el ambicioso defiende, consciente o inconscientemente, un transhumanismo que le permita seguir estando cuando todos los demás hayan pasado, aunque para ello sacrifique su humanidad y la vida de otros. La pregunta sería entonces: ¿qué clase de persona es la que desea vivir eternamente? Y lo que es más importante, ¿para qué quieren vivir eternamente? Quizá piensan que el estado en el que viven ahora durará eternamente, que ninguna circunstancia externa logrará afectarles, que el sol no les quemará, ni la lluvia les mojará. Quizá no se han dado cuenta de que las cosas que aman cambiarán y desaparecerán, que el mundo en el que viven cambiará y desaparecerá. ¿Irán entonces a las colonias que se planea establecer en Marte? ¿Acaso Marte no va a desaparecer

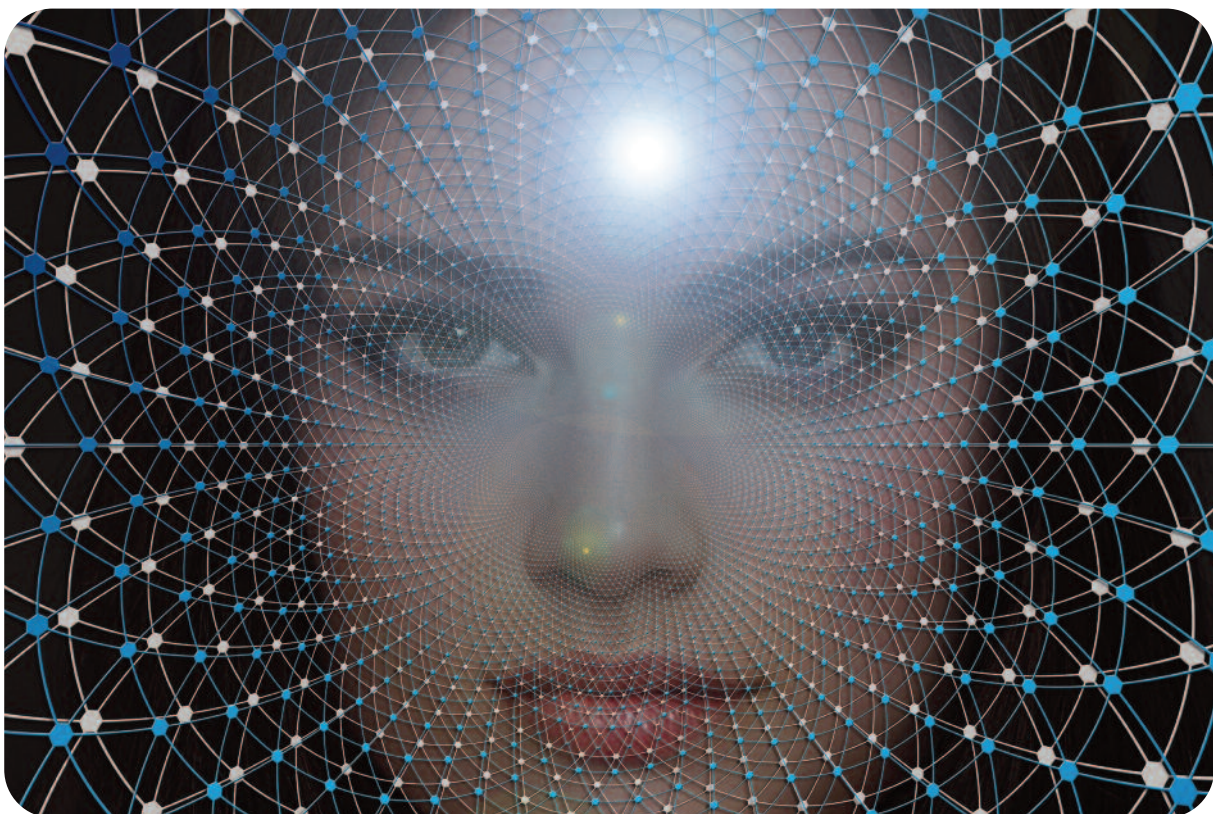


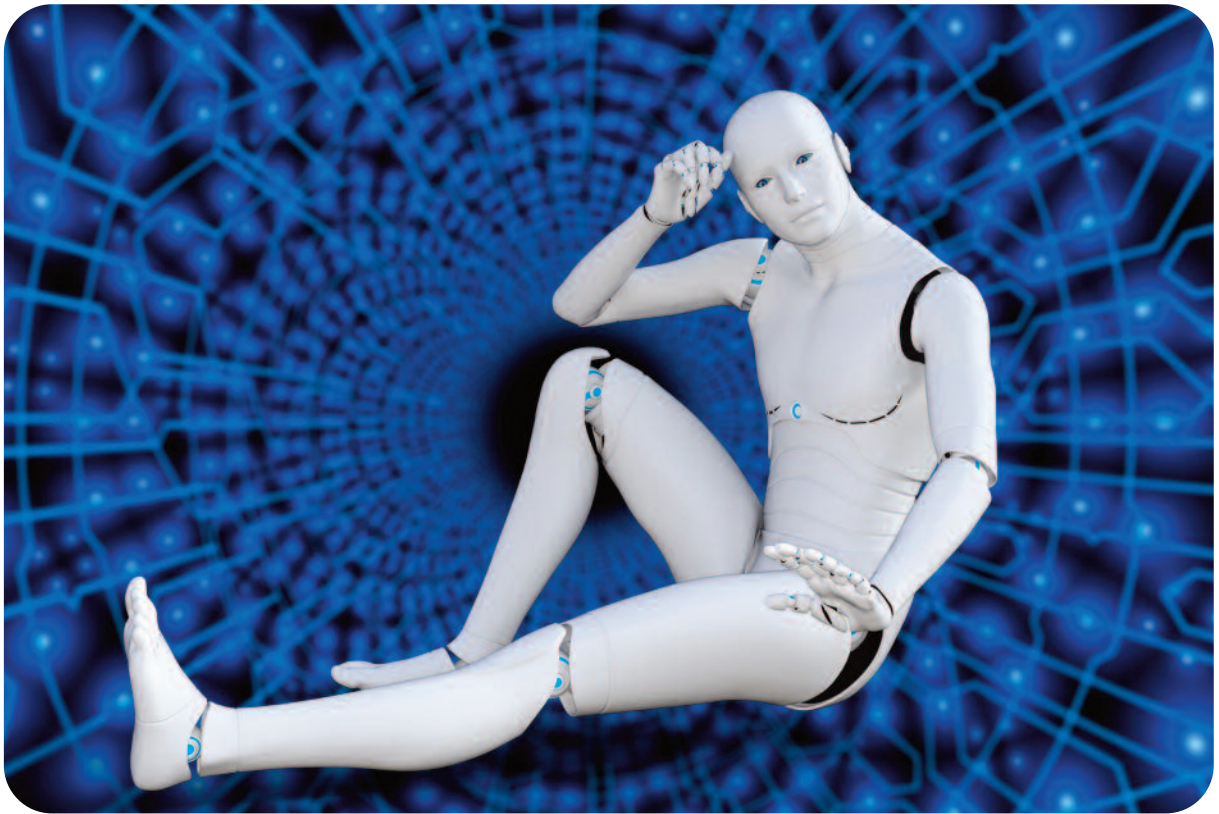
nunca? ¿Acaso podrán librarse de un accidente o de la quiebra de su empresa? ¿No morirá algún ser querido? ¿No cambiará nunca su pensamiento? ¿No se sentirán solos? ¿No ansiarán tener el privilegio del olvido? ¿Creen que toda su eterna vida será feliz y sin problemas?

Formas de ser inmortal

Cuando pensamos en vivir para siempre, algo en nuestra mente se acuerda de películas como *Los inmortales* o los vampiros brillantes de *Crepúsculo*; luego, están las historias sobre la vida en el otro mundo del tipo *Más allá de los sueños*, *Los otros*, *Ghost* o *El sexto sentido*. Otros films juegan con la idea del traspaso de datos de un cerebro viejo a uno nuevo, igual que se hace una copia de seguridad de un disco duro, manteniendo los recuerdos y la conciencia (lo que se conoce como «*mind uploader*»); es el caso de *Trascender* y otras cintas por el estilo. Aunque se trate de ejemplos cinematográficos, lo cierto es que están basados en diversas corrientes de pensamiento, desde la más míticas a las más metafísicas o científicas. Estas últimas se basan, para postular sus teorías, en las investigaciones desarrolladas en los últimos tiempos sobre el genoma, el cerebro humano y la robótica.

Con el proyecto «Human Brain» se abrieron las puertas a diversos planteamientos sobre la esencia del hombre. La filosófica pregunta de «¿qué somos?» se resuelve en un «somos nuestro cerebro». Si esto es así, y no hay más conciencia que la que está en la mente, entonces basta idear un sistema para copiar y conservar el registro cerebral, y copiarlo a continuación a otro soporte vital más duradero que el nuestro. El científico Stephen Hawkins era uno de los que opinaban que no habría problema para que el cerebro existiese fuera del cuerpo, copiando los pensamientos en un ordenador, aunque sostiene que la tecnología capaz de hacerlo está aún muy lejos de nuestro alcance.





Hay ideas transhumanistas que están también detrás de las investigaciones para crear supersoldados y personas biónicas, con la convicción de que, si la conciencia está en el cerebro, sería posible traspasarla a un cerebro artificial, como quien pasa sus datos del móvil viejo al nuevo, y cambiando al médico de cabecera por el soporte técnico; pero, aunque la ciencia está indudablemente dando pasos en la dirección a la que señala esta corriente, lo cierto es que, de momento, aún estamos lejos de lograr el elemento fundamental de la vida eterna: la conservación de la conciencia humana en un cerebro artificial. Eso sin entrar aún en las consecuencias éticas de todo esto... y en que, repetimos, nadie tiene certeza de lo que es realmente la conciencia humana, y mucho menos cómo traspasarla de un cuerpo a un tarro de vidrio con cables.

El proyecto «Human Brain» ha creado una interesante simbiosis entre biología y robótica. Algunos sectores de la inteligencia artificial creen que pueden lograr una entidad artificial capaz de aprender y alcanzar un grado de comportamiento y conciencia semejante o igual a los del ser humano. Y lo cierto es que, si realmente la conciencia está en el cerebro y el cerebro puede imitarse, ¿qué impediría que, acto seguido, en la copia funcional (pero mecánica) de un cerebro surgiera automáticamente la conciencia? Igualmente, neurociencia y robótica opinan que es posible sustituir elementos neuronales biológicos por otros mecánicos. La nanotecnología podría llegar a crear conexiones eficientes y funcionales que sustituyeran una neurona. Así, una a una, las neuronas se pueden ir sustituyendo por reemplazos electrónicos. Cuando una neurona muere no hay nada que hacer, pero si un chip se funde, solo hay que cambiarlo por otro. La teoría parece lógica, pero seguimos sin estar seguros de qué es la conciencia ni dónde radica realmente. ¿Qué pasa si, al cambiar todas las neuronas por nanochips, sigue funcionando el cuerpo pero sin tener dentro a nadie que lo conduzca?



Cuestión de humanidad

Dejando de lado las polémicas entre creyentes y ateos, a todos debería interesar, y especialmente a la ciencia, conocer con la mayor exactitud posible qué es el ser humano, qué es la conciencia y dónde radica esta. Y si para eso todos deben dejar de lado algunos de sus prejuicios, sería conveniente comenzar a hacerlo ya. Las cosas no son como nos imaginamos, nos enseñan o nos gustaría, sino como son. Investigar sin prejuicios debería ser común a todo ser humano. Dicho esto, vamos a dar un repaso a algunas de las concepciones que existen sobre el ser humano. Son tantas que nos quedaremos solo con algunas de las más aceptadas. Antes de empezar, me quedo con una frase del profesor Vicente Meavilla: «Las matemáticas no tienen ideología ni profesan religión alguna». La ciencia, en general, debe dejar de lado cualquier creencia personal para hacer bien su trabajo, al igual que los dogmatismos del tipo que sean (incluidos los dogmatismos científicos). Quizá así sería más fácil tener un espacio de convivencia entre el sentido de lo sagrado (evito a propósito la palabra «religión» por considerar que las religiones no tienen el monopolio de la trascendencia) y la ciencia.

El ser humano es extremadamente complejo. Las diferencias con el resto de animales no están solo en ese aspecto de «mono desnudo», como lo definió el antropólogo Desmond Morris, o en su pulgar oponible. El cerebro humano alcanza niveles de complejidad muy altos. Ciencias y religiones han tratado de dar explicación a algunas de estas características: sentido del humor, la risa, la ironía o el sarcasmo; el pensamiento simbólico; el lenguaje y la escritura; la capacidad de abstracción; el sentido estético y artístico; la cultura, la autoconciencia, el deseo de superación; el pensamiento lógico, deductivo e inductivo; el sentido del sacrificio o la renuncia... y han tratado también su opuesto, como un lado oscuro al que no llegara la luz de lo humano, y de donde nace su gran vanidad, el orgullo, la ambición, el egoísmo, el miedo, la superstición...

En neurociencia, por ejemplo, se considera que la conciencia está en el cerebro, básicamente porque todos los procesos mentales (y se considera que la conciencia es un proceso mental, un producto de la actividad del cerebro) tienen un componente neural. De hecho, algunas investigaciones han determinado que el proceso mental se produce antes (milésimas de segundo antes) que la toma de conciencia en el ser humano, por lo que la conciencia sería un producto, sin entidad en sí misma. Sin embargo, estas observaciones se cumplen en la mayoría de los casos, pero no siempre. En psicología se considera que un hábito es un comportamiento repetitivo que requiere de poca o ninguna conciencia por nuestra parte, una suerte de piloto automático en el que funcionamos el 99% del tiempo. El hábito no es solo físico, sino que también los hay mentales, como los prejuicios. Los procesos mentales que se producen en el cerebro antes de llegar a la conciencia son, precisamente, aquellos a los que estamos habituados, los que ya conocemos. En ese sentido seguimos otra ley, la del mínimo esfuerzo y el ahorro de energía; quizá por eso generamos cada vez más y más hábitos, que, por definición, son inconscientes y mucho más cómodos para nosotros. Los experimentos señalan que, cuando la persona se tiene que enfrentar a tareas nuevas, desconocidas, para las que tiene que aprender en ese momento cómo enfrentarlas, la conciencia pasa al primer plano y el proceso mental al segundo. Cuando el aprendizaje se fija en la conciencia, volvemos a activar el piloto automático. Como poco, esto plantea algunas dudas sobre qué está por encima de qué y cuál es la causa y cuál el efecto.

Como definición, el hombre se considera brevemente como un ser animado y racional, lo cual no abarca la inmensa complejidad humana; especialmente, cuando tocamos comportamientos que escapan de toda racionalidad, tanto en el sentido negativo como en el positivo. La racionalidad pura no existe más que en momentos determinados, igual que existen aquellos en los que nos dejamos arrebatar por los sentimientos o por los



instintos. Para ser totalmente racionales ante una determinada situación, tendríamos que ser capaces de sustraernos no solo a toda la amalgama de sentimientos y emociones que tiñen nuestra vida, sino también a los conflictos interiores que tienden a llevarnos más hacia lo que nos gusta que a lo que nos disgusta, aunque lo que nos disgusta sea lo mejor para nosotros. Solo en ocasiones logramos silenciar todas las voces de nuestro interior para dejar que hable solo la razón... y ni aun así es garantía de que vayamos a actuar conforme a ella. Así que racionales sí, pero solo como capacidad. En la práctica, tenemos que remitirnos de nuevo a esa complejidad de la que hablan todos los estudiosos del ser humano. Los factores que influyen en decisiones tan sencillas como echarle o no azúcar al café, o cederle el asiento en el bus a una persona mayor, son más de los que pensamos. Desde el punto de vista de la psicología, en la mente radica la capacidad de pensar, pero como, básicamente, podemos pensar sobre todo, también serían producto de la mente la creatividad, el aprendizaje, el raciocinio, la percepción, la emoción, la memoria, la imaginación y la voluntad. También hacen distinción entre mente y cerebro, siendo la mente un producto del cerebro. El cerebro aporta el soporte vital y estructural necesario para que la mente funcione; sin el cerebro no hay mente, no hay pensamiento, no hay nada más de lo que consideramos que da identidad al ser humano. Hay otras corrientes dentro de la psicología que consideran que mente y cerebro están relacionados, pero con existencia propia. Desde este punto de vista, la mente se apoya en la física del cerebro para mostrarse, pero no es el cerebro.

Todos los gatos tienen cerebro de gato, y su comportamiento es el de un gato. Ante una determinada situación no reaccionarán como un perro o como una ardilla, sino como un gato. Por lo tanto, hay algo en el cerebro (o en la composición genética y biológica del gato) que lo identifica como gato. El ser humano también tiene una identidad como ser humano, pero su pensamiento es más diverso. Si hay 7000 millones de personas,





hay 7000 millones de formas de ver la vida. Para empiristas como George Berkeley, el mundo que vemos y percibimos a través de nuestros sentidos en realidad no existe. Bueno, sí existe, pero solo si lo percibimos. Algo así como el hombre invisible de *Mystery Men*, que solo era invisible cuando no mirabas. Una Universidad de California ahora lleva su nombre en su honor.

Para religiones como el cristianismo, el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios, al tiempo que es un ser espiritual envuelto en una vestidura material, que es el cuerpo. Para el islam, es una prueba viviente (un signo) del poder y la eterna compasión de Allah. En el judaísmo, además de estar hecho a imagen y semejanza de Dios, es también la corona de la creación. Por su parte, el budismo pregona el lema de «ni religión, ni dioses, ni castas». El budismo cree que el pensamiento es materia (sutil, pero materia al fin y al cabo), y que como tal está sometido a la ley de acción y reacción (segunda ley de Newton, por cierto): pensamientos y sentimientos tienen consecuencias. Para ellos el hombre no es la corona de la creación, sino un peldaño más en la escalera de la evolución, y no el más elevado precisamente. En todos ellos encontramos, de forma más o menos ampliada, una división del ser humano en cuerpo, alma y espíritu, siendo el cuerpo mortal y el espíritu inmortal, mientras que la esencia y composición del alma está a medio camino entre lo uno y lo otro, pero su naturaleza, a grandes rasgos, sería inmortal. La conciencia no radica ni depende de ninguno de esos sitios, sino que puede subir o bajar por ellos según nuestra capacidad (o incapacidad) de elevarla. Los conceptos acuñados por las religiones se han basado habitualmente en ideas filosóficas más profundas, que han logrado asimilar con más o menos éxito. En el caso del cristianismo (y de la influencia mayor o menor que tuvo en el islam), hablamos de algunos conceptos adoptados (y adaptados) del pensamiento platónico. De ahí nacen la inmortalidad del alma y la creencia en que la identidad de ser humano no está en su



cuerpo ni en la percepción de sus sentidos, sino en su conciencia anímica y espiritual. Las ideas platónicas también estuvieron detrás de teoría de la transmigración de las almas (reencarnación) que adoptaron algunos grupos cristianos hasta que en el II Concilio de Constantinopla, en el siglo VI, el emperador Justiniano intervino para que se prohibiera esta creencia dentro del conjunto de la cristiandad. La intención era borrar toda huella de la influencia platónica en Orígenes, uno de los primeros padres de la Iglesia, además de difusor de la citada teoría de la transmigración de las almas entre los cristianos.

Todo esto tiene su importancia. De no ser por Justiniano, la creencia en la reencarnación sería con diferencia la mayoritaria en el mundo, en lugar de la creencia de que solo hay una vida, y que después de la muerte, o bien no hay nada más, o tenemos una existencia incorpórea en alguno de los cielos o paraísos (si has sido bueno, si no, al infierno) descritos por las religiones. Pero como eso de no poder disfrutar de los sentidos corporales es demasiado etéreo, al final de los tiempos nuestro cuerpo vuelve a nosotros para vivir así en la gloria por toda la eternidad. En la cultura occidental, esa creencia en una única y breve vida ha influido enormemente en la forma en la que se concibe la existencia y la pérdida de la misma. De alguna forma, buena parte de las religiones, el materialismo, el capitalismo más salvaje y el transhumanismo (por citar algunos) germinan en el miedo a la muerte. Y, como Gilgamesh, buscan el secreto de la inmortalidad. ¿Qué se considera en Oriente que es el ser humano? ¿Y cuál su sentido de la vida y de la muerte?

Un hombre de siete partes

La constitución septenaria es una concepción del ser humano en siete elementos o principios. Aunque esta idea proviene fundamentalmente de India y Tíbet, el antiguo

Egipto tenía la misma división, identificada con los mismos principios y, en América precolombina, la cultura nahuatl menciona también en su tradición simbólica esos siete vehículos. Por una parte, están los cuatro principios inferiores (personalidad) y, por otra, los tres superiores (espíritu). Los cuatro elementos de la personalidad son el cuerpo físico tal cual lo conocemos; la vitalidad o energía que cohesiona y anima el cuerpo; nuestra parte emocional y sentimental; y, por último, la mente egoísta. Los tres elementos del espíritu serían, en orden ascendente, la mente inegoísta o pura, la intuición y la voluntad. En realidad, mente racional y mente inegoísta no son dos mentes diferentes, sino una sola. Lo que ocurre es que, cuando la mente pura se aproxima a la personalidad, una parte de ella se tiñe de materia y se vuelve egoísta. Igual que cuando mojas en leche una galleta.

¿Donde quedaría entonces el alma? Igual que podemos tener sentimientos y pensamientos de odio, envidia, ira o celos, los pensamientos y sentimientos más elevados, los que conducen al ser humano hacia un sentido ético de la vida, serían la esencia del alma; la intermediaria entre cuerpo y espíritu. Todos los elementos de la personalidad están hechos de materia más o menos sutil, y como tal, están regidos por las leyes de la materia. Si las leyes de la física dicen que toda acción tiene una reacción, cualquier acción en el mundo físico tendrá que someterse a esa ley, pero también tendrían que hacerlo las acciones en el mundo de las emociones y sentimientos y en el mundo de la mente. Entonces, las acciones emocionales generan reacciones emocionales, y las acciones mentales ocasionarían reacciones mentales. Todo esto, a lo que se llama «personalidad», se considera en Oriente como irreal, ilusorio y mortal. Una especie de vestidura para el alma y el espíritu, pero sin esencia en sí misma y, por ende, sin realidad. Se dice que es irreal porque todo lo que está sometido a cambios, alteraciones y destrucción no ES real. El cuerpo cambia, nuestra vitalidad cambia,



nuestras emociones cambian, nuestros pensamientos cambian, y no solo cambian, también desaparecen y mueren. Por eso se considera que no es real.

Igualmente, los sentidos (dirigidos por la mente) lo que hacen es transmitir y mantener la ilusión de realidad. Los sentidos aportan información del mundo, pero como se trata de un mundo ilusorio, lo que hacen realmente es sostener el engaño. Cualquier estudioso de las ilusiones sensoriales sentiría cierta afinidad con esta idea. En el *Libro de los preceptos de oro* (del cual proviene *La voz del silencio*) se dice: «La mente es el gran destructor de lo real», y añade también que es en la mente donde se genera la «gran herejía de la separatividad», la que nos hace ver al otro como ajeno a nosotros, y nos hace creer que el espíritu nada tiene que ver con la materia. El espíritu está lejos de ser una entidad mágica. Por un lado, la mente pura no es más que la mente liberada de la ilusión de la personalidad, la mente capaz de comprender y ver sin los límites de la pura racionalidad. La intuición no se refiere a las «corazonadas», sino al conocimiento directo, a la «iluminación», a la comprensión de la esencia de las cosas. Cualquiera que recuerde algo de la teoría de las ideas de Platón podrá hacerse una idea de lo que es este vehículo intuicional. Por último, la voluntad está en la cúspide del ser humano. Es su parte más espiritual porque es lo único que puede dirigir armónicamente al resto de principios, igual que un director de orquesta coordina los diferentes instrumentos para que cada uno, con sus características, sonidos y silencios, generen un todo armónico y bello. Para la concepción oriental, estos tres elementos (a los que se llama tríada) son lo real, el SER y lo único inmortal del ser humano.

La idea de la constitución septenaria está, además, ligada a la idea de la reencarnación. La personalidad se traduce como «máscara»; es como una vestidura para el alma que desaparece periódicamente. Pero la necesidad de experiencia del alma se mantiene, por





lo que debe volver a tomar cuerpo pasado un tiempo después de muerto el anterior. Bajo esta consideración, el ser humano no es la personalidad, sino la tríada, que se mantiene de encarnación en encarnación hasta el final de la etapa humana. Así que, mientras en Occidente hay gente que se pregunta si tienen alma, el Oriente entienden que hay que darle la vuelta a esa pregunta: no se trata de si somos un cuerpo que tiene alma, sino de ser un alma que tiene un cuerpo... y otro, y otro, y otro... ¿Para qué encariñarse demasiado con uno si es temporal? Es curioso que en estas teorías orientales se mencione poco o nada a Dios.

El materialismo y el capitalismo más radical basan la felicidad en cosas que están condenadas a desaparecer, como la belleza, la juventud, las posesiones materiales y la misma vida. Quizá por eso la angustia vital y la tristeza se extienden de forma alarmante. Si el transhumanismo fuese, como afirma, un proyecto espiritualista, quizá debiera prestar un poco de atención a las antiguas tradiciones sagradas no religiosas, en lugar de inventarse una espiritualidad a medida, porque en tal caso, estamos ante una corriente materialista más, que acaricia la esperanza de tenerlo todo en esta vida y no perderlo nunca. En cuanto a la ciencia, como buscadora de la verdad tiene la responsabilidad ética de no comerciar con el conocimiento. El conocimiento no son unas gafas de sol que te encuentras en el parque, o como hacía aquel hombre de negocios de *El principito*, que como a nadie antes se le había ocurrido poseer las estrellas, él se las había adjudicado. El conocimiento es universal, tan universal que puede transmitirse siempre de unas personas a otras sin gastarse jamás; la ciencia solo tendría el privilegio de descubrirlo y el deber de difundirlo. Pero ante todo, no puede permitir que los prejuicios, de cualquier tipo, le impidan investigar lo que es realmente el ser humano, antes de embarcarse en la creación de un nuevo Gólem... o Frankenstein.



Hay momentos en los que los miembros de una banda se complementan perfectamente y aparece la magia. Cuando esto sucede nos encontramos con una obra maestra como la canción protagonista de hoy. Musicalmente, está repleta de momentos de tremenda belleza. Guitarras limpias que recuerdan los sonidos del gran Juan Valdivia (Héroes del Silencio), junto a sonidos más contundentes, ¿Pearl Jam? Pasajes atmosféricos cercanos al progresivo (guitarra de doble mástil) y la psicodelia, y sobre todo ¡ocho minutos de puro rock! Precisamente es destacable la duración de la composición cuando, en general, se buscan canciones más cortas que lleguen fácilmente al consumidor.

La Torre Picasso fue durante un tiempo el edificio más alto de España. Con sus más de 6000 trabajadores es un símbolo del mundo empresarial. No en vano, grandes colosos como Zara, Google, HSBC y otros viven entre sus 70.000 m².

Arde Bogotá utiliza este emblemático edificio como una metáfora de lo que representa el modo de vida actual. Aparece el estrés, la ansiedad, la rutina, la opresión, la falta de libertad. En algún momento de nuestra vida es posible que hayamos caído en manos de estos «monstruos» que nos atrapan. Y es por eso por lo que hay que convertirse en un titán (deidad muy antigua en la mitología griega) para atreverse a escalar la Torre y parar el mundo. Sobre todo, atreverse a parar nuestro mundo interior, que es el que sufre los males y el que también a menudo los causa.

En el videoclip que acompaña la canción aparece una ciudad como Madrid apocalíptica, en ruinas, donde la vegetación y las fieras se han adueñado de la gran urbe. Es un lugar caótico, que asusta, donde la vida es casi imposible. Pero no todo está perdido; de repente, la protagonista cae en el espacio-tiempo y aterriza en un colchón de flores en un lugar desértico. El paisaje es hermoso y apacible y la música acompaña.

*Entre los restos del desastre
he descubierto alguna luz.*

Pero para combatir nuestro mundo interior no hay que tener miedo al fracaso. Es evidente que las dificultades son grandes. El enemigo se esconde dentro de nosotros. Son nuestros miedos y egoísmos, nuestras debilidades e impotencias. Pero todo esto es propio de los seres humanos. Lo importante es atreverse a combatir, lo importante es atreverse a parar el mundo.

*Voy a escalar
la Torre Picasso
como un titán,
sin miedo al fracaso.*

*Voy a subir a lo alto.
Levantaré tus brazos
y gritaremos juntos:
«hay que parar el mundo».*

Estamos de acuerdo en que no siempre es fácil escapar de nuestras ciudades repletas de influencias negativas que nos producen dolor. Algunos han encontrado la oportunidad de desarrollar su actividad profesional en lugares rodeados de naturaleza, en aldeas o pueblos pequeños. Pero no siempre es así.

Arde Bogotá nos dice que la Torre es un símbolo de dolor y por eso hay que quemarla, pero también hay que abrazarla. Quemar es destruir todo lo que nos impide ser libres, pero se puede ser igualmente libre en nuestras ciudades «apocalípticas», podemos ser felices en medio de ruinas y alimañas.



En 1632 nace en Ámsterdam el filósofo Spinoza, uno de los padres del racionalismo moderno. A lo largo de su búsqueda filosófica pone énfasis en la ética, la felicidad y el sentido de la existencia humana. Spinoza destaca que el placer, la riqueza y los honores hacen felices a los seres humanos. Sin embargo, la búsqueda de estos bienes distrae la mente humana de modo que no se preocupa en buscar bienes superiores.

La búsqueda de estos placeres que supuestamente conducen a la felicidad no siempre es una garantía de conseguirlo. El principal problema y error es dedicar la vida a conseguirlos, sin darnos cuenta de que el placer, la riqueza y los honores no son eternos y no siempre nos traen satisfacciones. En ocasiones nos traen problemas y, a menudo, conducen a la infelicidad. La solución que él propone es no darles demasiada importancia: no desdeñarlos pero que no sean lo más importante de nuestra vida.

Conocer la naturaleza y vivir según sus leyes sería lo más importante, y esto sí que conduce a la felicidad. En la observación de las leyes de la naturaleza podemos deducir que hay un orden eterno y perfecto. Encontrar el lugar que el ser humano ocupa en la naturaleza es, entonces, el sentido de la existencia. Como filósofo racionalista, alejado de los postulados dogmáticos de la religión imperante (que tantos problemas le supuso), sostiene que Dios y la naturaleza son la misma esencia. Una sola esencia con infinitud de atributos o expresiones.

Estamos hablando de un panteísmo donde descarta la idea de un Dios personal. El ser humano, por tanto, es libre, y esa «divina» libertad le permite buscar las causas de la vida y sus expresiones. Es la gran liberación de sentirnos libres y poder buscar respuestas. Es vivir dentro de la armonía de la naturaleza y de nuestra propia naturaleza.





Todos tenemos nuestra pequeña o gran Torre Picasso, y nuestra felicidad consiste en quemarla, pero también en abrazarla. Recuerdo que, cuando era más joven, un amigo muy querido para mí con el que conviví en mi infancia y parte de mi juventud se fue a vivir a otra ciudad. Me decía que no acababa de ser feliz y necesitaba un cambio. En realidad, se compró una casa en el campo para alejarse de la ciudad; más tarde, estuvo viviendo en varios países y, finalmente, al cabo de muchos años, volví a encontrarme con él. En el transcurso de una entrañable conversación, acompañada de sencillos manjares y un excelente tempranillo, me confesó que estuvo muchos años buscando algo, ese cambio que siempre buscó y todavía no había encontrado.

No sé si mi amigo habrá encontrado al fin lo que buscaba. Yo, por si podía serle de ayuda, le regalé un libro de Spinoza.

*Tengo el alma reventada
y arena en el corazón.
Con esta torre derribada,
ahora veo el sol*

«Cualquier cosa que sea contraria a la naturaleza lo es también a la razón, y cualquier cosa que sea contraria a la razón es absurda» (B. Spinoza).



La ciudad de Córdoba es como una flor con el perfume de las ciudades eternas. La flor del naranjo, con su aroma embriagador, es un dulce recuerdo, todos los años, de esta verdad.

De gran importancia en su historia íbera, se convirtió en capital de al-Ándalus, quizás la ciudad más grande y culta de su tiempo, señora del imperio o califato omeya. Y las excavaciones de los últimos años confirman también su enorme importancia en el periodo romano, como capital de la Hispania Ulterior.

En el museo arqueológico de la ciudad, uno de sus mosaicos romanos nos saluda con la exuberancia de sus diseños geométricos: es el llamado mosaico de Lucio Axius. Dos pedestales dedicados también a este personaje hacen que se lo identifique como un gobernador de la provincia de Chipre, y que habría sido cuestor en la provincia Baetica. Las dos estatuas habrían sido, una de ellas dedicada por el *vicus forensis*, y otra, por el *vicus hispanus*.

Es posible que en el mosaico se haya querido hacer alusión a su nombre, evidentemente vinculado a *axis* —hacha de doble filo—, y propio de la élite de la cultura romana, y hacer un símil de significados haciendo un discurso filosófico, y más aún, cosmogónico.

Porque si prestamos atención, en el motivo central del mismo, vemos las espiraladas ondas de las aguas primordiales y, a salvo, surgiendo de ellas, hábilmente proyectadas sobre el plano del mosaico, una pirámide que estaría coronada por un hacha de doble filo (*axis*) vertical, que ha sido abatida también sobre el plano para poder ser diseñada, dejando en el centro del vástago, y no en su extremo, la cabeza misma de hierro del hacha. Es difícil precisar qué significan los motivos en los extremos de dicho vástago. Quiero imaginar que representan la agitación o impulso de ese mismo hacha en las cuatro direcciones del espacio, siguiendo así el mito de creación del cosmos de Ares-Dionisos, trazando el laberinto en su concavidad original del espacio.

De un artículo sorprendente del profesor Jorge Ángel Livraga en un editorial de la revista Nueva Acrópolis, en España, en 1973, extraemos los siguientes párrafos sobre el hacha de doble filo o *labris*:

«Ya en la vieja Creta encontramos el hacha con el nombre de Labris, directamente relacionado con el laberinto, y creemos que no es mera casualidad la semejanza entre la denominación de *labris* y la del *laberinto*. Si hubiéramos de dar una definición, podríamos decir que el laberinto es aquello que hizo el hacha: el laberinto es la imagen que ha dejado el hacha en su camino a través del espacio... El hacha se torna, pues, un símbolo de la fuerza ordenadora que puede abrirse paso a través de las tinieblas, a través del caos primordial. Es la primera imagen de la razón, pero de una razón poderosa dirigida por la más pura voluntad.

El hacha como voluntad tiene doble filo: uno que se abre paso en el mundo exterior, y otro que se abre paso en las tinieblas del mundo interior. Así, si en el exterior es el ordenamiento de las cosas, en el interior es la búsqueda de una Verdad Suprema».

Es muy ilustrativo que, en torno a este motivo central, todos los otros del mosaico sean formas geométricas, de los que es difícil saber los significados, salvo quizás los nudos sin fin o de eternidad de Salomón, de funciones apotropaicas, y las esvásticas, símbolos en general de buena fortuna y también de poder creador en el mundo romano, como en el hindú o en el cretense. Es como si todas estas formas geométricas representasen el mundo de los arquetipos de Platón, donde se hallan los «formas primeras» que va a necesitar el hacha como Razón y Voluntad Creadora para construir el cosmos en la materia del mundo.

La pirámide es también símbolo de «impronta del Logos sobre la materia», ordenándola así con el poder del hacha y estableciendo en la caverna del espacio-tiempo un cosmos de orden y armonía. El ser humano quiere también reproducir este misterio, de dentro afuera y, así, la pirámide se convierte en su Montaña Evolutiva, en la imagen de civilización, o sea, una sociedad regida por el Bien, la Verdad, la Justicia y la Belleza, según la explicación del filósofo de la Academia.



Debe de ser importante también en el mosaico el que la pirámide tenga siete peldaños, evocando la estructura septenaria de la naturaleza; o que el vástago del hacha forme una cruz con su cabeza, en el centro mismo del diseño, en tres círculos que evocarían el Triple Logos platónico, y que se interseccionan entre sí, generando, precisamente, el hacha¹, que indica su poder activo. Lo mismo ocurre con las veintidós ondas de las aguas primordiales, que son los veintidós poderes del Alma del Mundo representadas por las letras sagradas, o los caminos del árbol de la vida en la Cábala, o las veintidós caras de la cruz sólida. $22 = 3 + 7 + 12$ (Triple Logos-Septenario de Fuerzas-Poderes Creadores); veintidós ondas que forman las letras primitivas con las que el Logos va a generar el discurso de la existencia en el Libro de la Vida, o sea, que representan las veintidós potencialidades de la materia primordial.

Esta imagen cosmogónica es la misma que la egipcia en que el Poder-Ser surge de las aguas genesíacas de Nun como un obelisco: es el dios Atum, el perfecto, el que existe por sí mismo y de donde surgirá la enéada de dioses de Heliópolis que construirán el cosmos.

En el mundo romano, evidentemente el hacha tuvo una enorme importancia y tenía sus portadores especiales, los lictores, que acompañaban con sus fascas o ramas, unidos al cónsul indicando que el poder de Roma, basado en la unión de voluntades fundamentada en la justicia y la ley, estaba con él. Como dice el autor antes citado, en el mismo artículo:

«También los romanos usaron repetidamente este mágico símbolo, en el que la unión de los haces mediante cadenas representa la fuerza que deriva de la unión, la voluntad que reúne y agrupa aquello que solo es endeble cuando está separado. De allí que el hacha solo pudiera usarse erguida y fuera el elemento distintivo de los magistrados romanos. La fuerza del poder, el derecho de vida y muerte, el gobernar hacia afuera en tanto se hubiera logrado asimismo gobernarse por dentro».

¡Y qué mejor forma de honrar y decir gracias a quien se consagró al bien público que con un discurso filosófico relacionado con su mismo nombre, en imágenes, perennes en las teselas de piedra de los mosaicos!



¹ Agradezco a mi discípulo João Pedro Pio, pues conversando, ha sido él quien ha sugerido algunas de estas asociaciones.



Estamos inmersos en la Cuarta Revolución Industrial, la revolución digital, que se caracteriza por una fusión de tecnologías que está borrando las líneas entre las esferas física, digital y biológica, para llevarnos a lo que llamamos mundo virtual.

La revolución digital nos ofrece el «atractivo» mundo virtual, pero, como todo lo humano, por muy virtual que sea y por más etérea que sea la nube donde habite, está anclado en la tierra y necesita de sus recursos. El anclaje de esta conectividad del mundo virtual con la realidad física son los centros de datos y los servidores repartidos por todo el mundo que gestionan el tráfico digital.

Para que el frenético tráfico digital no se detenga y todo funcione, estos centros de datos y servidores deben estar conectados las veinticuatro horas del día los 365 días del año. El hambre de estos monstruos digitales en cuanto a energía, agua y recursos minerales es enorme. Y cuanto más complejo es el sistema, más hambre y sed tiene.

Con la aparición del ChatGPT en 2022, empezamos a conocer una inteligencia artificial (IA) más evolucionada que la tradicional, la IA generativa, que, a diferencia de la tradicional, puede crear datos nuevos a partir de los datos de entrenamiento, lo que le permite generar contenidos creativos únicos. Esta nueva faceta la ha convertido en una aliada para las tareas diarias, incrementando su índice de popularidad. Se trata de un sistema más complejo; por tanto, con más hambre que la IA tradicional.

Está claro que la IA, ya sea la tradicional o la generativa, ofrece innumerables aplicaciones y usos, que hasta hoy parecían inalcanzables. Pero, como toda novedad, enfrenta varios retos y limitaciones que se deberían superar sin demora.

La crisis climática se está intensificando debido fundamentalmente a la actividad humana, y la IA, como actividad humana que es al fin y al cabo, también tiene su parte



de responsabilidad. Es cierto que muchas de sus aplicaciones ayudan a la sostenibilidad, pero ¿los beneficios económicos y sociales de la IA compensan el coste ambiental y social de su uso? Ahora mismo esto no está muy claro.

Por tanto, uno de los principales desafíos de la IA es medioambiental: por un lado, reducir el alto consumo energético e hídrico que requiere, tanto en la fase de entrenamiento como durante su funcionamiento, y, por otra parte, reducir el alto consumo de materias primas, concretamente minerales estratégicos, para la fabricación de componentes clave de la IA como por ejemplo centros de datos, servidores, procesadores y chips.

Como nos dice el World Economic Forum (Weforum), «a menudo, la IA es considerada una *bala de plata* para abordar el cambio climático; sin embargo, es importante comprender su verdadero potencial y sus limitaciones. La IA puede ayudar a escalar y acelerar los esfuerzos de sostenibilidad, pero, al igual que la *kriptonita*, sus demandas de energía podrían socavar sus beneficios si no se gestionan cuidadosamente».

Por ello es importante tener en cuenta todo el ciclo de vida de la IA para poder hacer balance entre todos los impactos positivos y negativos que genera en lo que se llama *aguas arriba* —consumo de recursos energéticos, agua y materias primas— y *aguas abajo* —impacto del uso de la IA en sus distintas aplicaciones—.

Impacto ambiental de la IA *aguas arriba*

Es *aguas arriba* donde el impacto ambiental de la IA genera más dudas, porque es aquí donde la IA puede impulsarnos hacia adelante o hundirnos por sus costes ambientales y sociales.

Con la expansión de las tecnologías basadas en la IA a todos los sectores de actividad, se prevé un aumento exponencial del consumo de recursos energéticos y minerales estratégicos. Ello obliga a reflexionar sobre el impacto que la industria digital tiene en el medio ambiente. En este sentido, la OCDE, cuyo objetivo es mejorar el bienestar social y económico de la población mundial, pone su foco en la responsabilidad ambiental de la IA, porque considera que se está dejando de lado en su uso responsable.

La medición del impacto medioambiental de la IA no es nada fácil. Pero empiezan a aparecer informes que ofrecen datos, escenarios y previsiones. Simplificando mucho la complejidad del cálculo, viene básicamente por dos factores: por un lado, que son muchas las empresas y organismos que están desarrollando la IA y se aplica a infinidad de sectores; y en segundo lugar, por la existencia de cierta opacidad sobre los avances. Por ello, la OCDE pone sobre la mesa la falta de un estándar para contabilizar el consumo de energías de la IA.

El hambre de energía y minerales estratégicos de la IA

La IA requiere una potencia de cálculo considerable. Según el Weforum, «se estima que los sistemas de IA ya consumen 33 veces más energía para completar una tarea que un *software* específico para esa tarea».

Siguiendo con lo que nos dice el Weforum, «a medida que los sistemas de IA se usen y se desarrollen más, el entrenamiento y la operación de los modelos incrementarán exponencialmente el número de centros de datos necesarios en todo el mundo, así como su consumo de energía. Esto ejercerá una presión cada vez mayor sobre las redes eléctricas ya sobrecargadas».



Si nos fijamos en la IA generativa, el consumo de energía es muy intensivo. Consume más electricidad que las actividades tradicionales de los centros de datos.

Según un informe de Goldman Sachs, teniendo en cuenta que el uso de la IA generativa seguirá en aumento en los próximos años, para 2030 se espera que la demanda de energía de los centros de datos se incremente un 160%.

Desde la perspectiva de la sostenibilidad, la absorción de esta creciente demanda se espera que sea con energía limpia y renovable. Para ello se requiere actualizar la red eléctrica de manera que facilite la importación y exportación de energía limpia incrementando la producción de energía renovable para que el suministro sea constante. Y todo ello, con el añadido de que los conflictos armados seguirán afectando a los precios y generando preocupación por el suministro. En un escenario así, la tentación para absorber este incremento de demanda de energía aumentando el consumo de combustibles fósiles fácilmente disponibles a corto plazo es grande y preocupante.

¿Qué son los minerales estratégicos?

Son recursos naturales esenciales para mantener la competitividad tecnológica de un país. Su suministro puede estar en riesgo debido a factores geopolíticos, económicos o ambientales.

Los minerales estratégicos también son vitales para la transición hacia las energías limpias y renovables en todo el mundo. Esto, junto a la expansión de la tecnología basada en la IA, hace prever que la demanda de estos materiales se incrementará exponencialmente en los próximos años.





Muchas regiones del mundo dependen de las importaciones de estos minerales para poder desarrollar las tecnologías de la IA. Por ejemplo, China es el mayor productor de tierras raras, lo que plantea un gran desafío estratégico.

Algunos de los principales minerales estratégicos esenciales para la IA:

- * LITIO y COBALTO, fundamentales para la producción de baterías ion-litio. Presentes en muchos dispositivos electrónicos, incluidos centros de datos y servidores, son cruciales para los *smartphones*, ordenadores y dispositivos portátiles y autónomos que usan algoritmos con la IA.
- * GRAFITO, también fundamental para las baterías de ion-litio. El GRAFENO, derivado del grafito, es muy flexible y un muy buen conductor que se está investigando para su uso en electrónica.
- * NÍQUEL, necesario para las baterías de alto rendimiento resistentes al calor.
- * COBRE, metal con excelentes propiedades de conducción térmica y eléctrica, clave para conductores y semiconductores.
- * SILICIO, fundamental para la fabricación de chips.
- * TIERRAS RARAS, un grupo de diecisiete elementos químicos, los quince del grupo de los lantánidos más el itrio y el escandio. No es que sean raros en la corteza terrestre, pero se encuentran en bajas concentraciones y esto dificulta su extracción. Son elementos esenciales en las tecnologías modernas. Se usan para producir imanes de alta potencia, pantallas y catalizadores.

La extracción de estos minerales y de las tierras raras no son inocuos ni a nivel social ni a nivel medioambiental. En su mayor parte, se realizan en países donde los derechos



humanos y los derechos ambientales están en entredicho. Países que, precisamente, en muchos casos no pertenecen al grupo de países consumidores de las nuevas tecnologías y donde lamentablemente el activismo social y medioambiental se cobra más vidas humanas por la defensa de los derechos humanos de sus habitantes.

Actualmente, las externalidades negativas que genera a nivel ambiental y social la actividad minera y sus infraestructuras para la extracción de estos minerales son muchas. Algunas de las más significativas son:

IMPACTOS AMBIENTALES:

- * Deforestación y pérdida de biodiversidad con la destrucción de hábitats naturales.
- * Contaminación del agua afectando la salud de las personas y la vida acuática.
- * Emisiones de gases y polvo que afectan a la calidad del aire, repercutiendo en la salud de las personas, en la fauna y la flora.

IMPACTOS SOCIALES:

- * Desplazamiento de comunidades con la consiguiente pérdida de hogares y medios de vida.
- * Conflictos sociales entre empresas mineras y comunidades, debido al reparto desigual de los beneficios económicos y los impactos ambientales.
- * Distribución desigual de beneficios.

En los países consumidores de nuevas tecnologías no debemos olvidar estas externalidades negativas que se producen lejos de nuestras fronteras y que subrayan por activa y por pasiva la apremiante necesidad de implementar prácticas mineras responsables y sostenibles para mitigar el impacto.

La sed de la IA

El peor enemigo de los centros de datos es el calor.

Ya hemos comentado que los monstruos digitales no pueden dejar de funcionar. El *non stop* del frenético tráfico digital calienta sobremanera los centros de datos, que necesitan ser refrigerados y, para ello, requieren una cantidad ingente de agua. Esto se está convirtiendo en un verdadero quebradero de cabeza para las empresas propietarias, que invierten miles de millones en infraestructuras que demandan muchos recursos hídricos.

Según el Weforum, en Estados Unidos el agua consumida por el «Data Center Alley» en Virginia (donde hay la mayor concentración mundial de centros de datos, ya que se estima que el 70% del tráfico de internet del mundo pasa por allí) se ha disparado casi dos tercios desde 2019. Haciendo referencia a los datos de Dglt Infra (el grupo de investigación especializado en infraestructuras digitales), los centros de datos en Estados Unidos usaron más de 283 millones de metros cúbicos de agua en 2023, lo que equivale al consumo de agua de la ciudad de Londres durante cuatro meses.

Evidentemente, el impacto ambiental de este crecimiento podría ser muy sustancial, sobre todo en regiones de estrés hídrico, como la propia Virginia.

Impacto ambiental de la IA *aguas abajo*

Es aguas abajo donde se ven los impactos positivos. Realmente, la IA tiene potencial para acelerar y ampliar los esfuerzos hacia la sostenibilidad.

Según el Weforum, los informes predicen que de aquí a 2030 la IA puede ayudar a mitigar entre un 5% y un 10% las GEI (emisiones de gases de efecto invernadero).



Desde la gestión de cadenas de suministro complejas hasta la optimización de las redes energéticas, pasando por la agricultura de precisión, la IA permite medir, predecir y optimizar el impacto ambiental de maneras que los métodos tradicionales no pueden igualar. Incluso una parte importante de la integración de las energías renovables a la red depende de la IA para optimizar el almacenamiento de la energía.

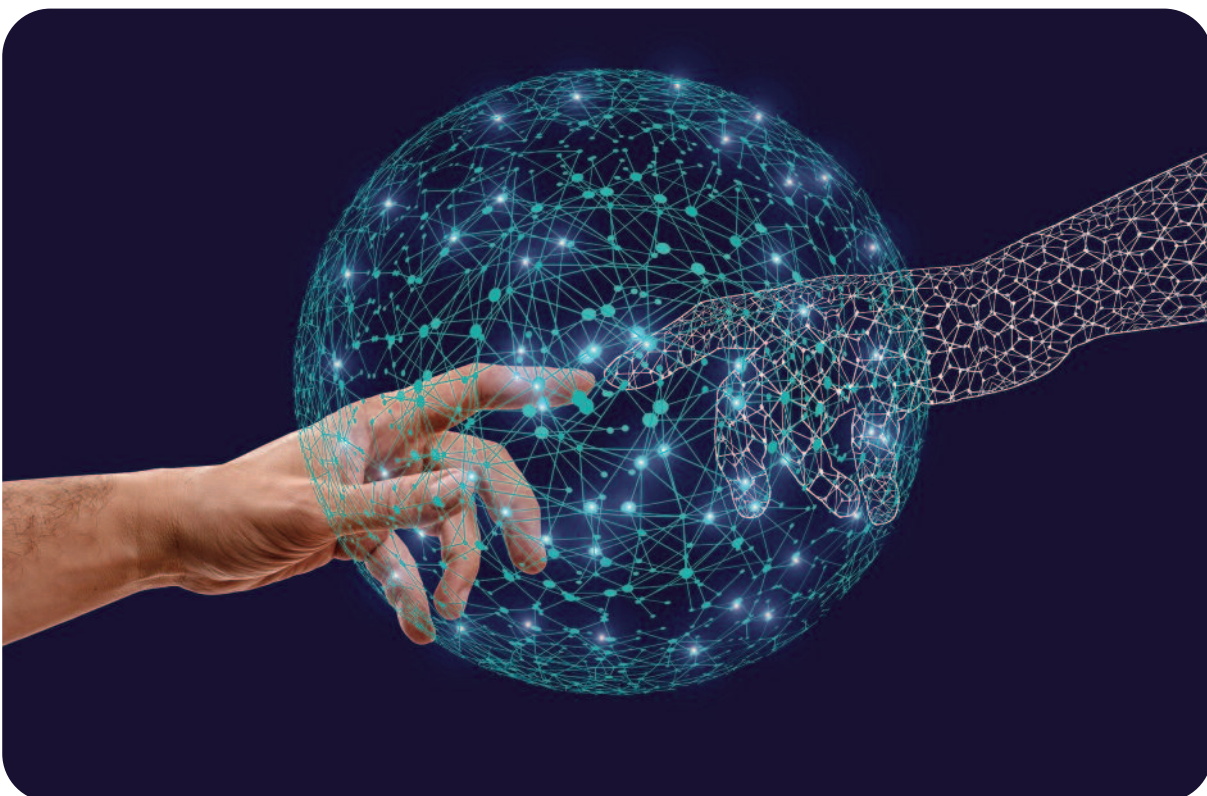
Todo ello nos puede hacer pensar que la IA resolverá la crisis medioambiental, pero sería un error. Como nos dice el Weforum, la IA sola no es un salvoconducto hacia la sostenibilidad, pero es una potente herramienta que puede ayudar mucho.

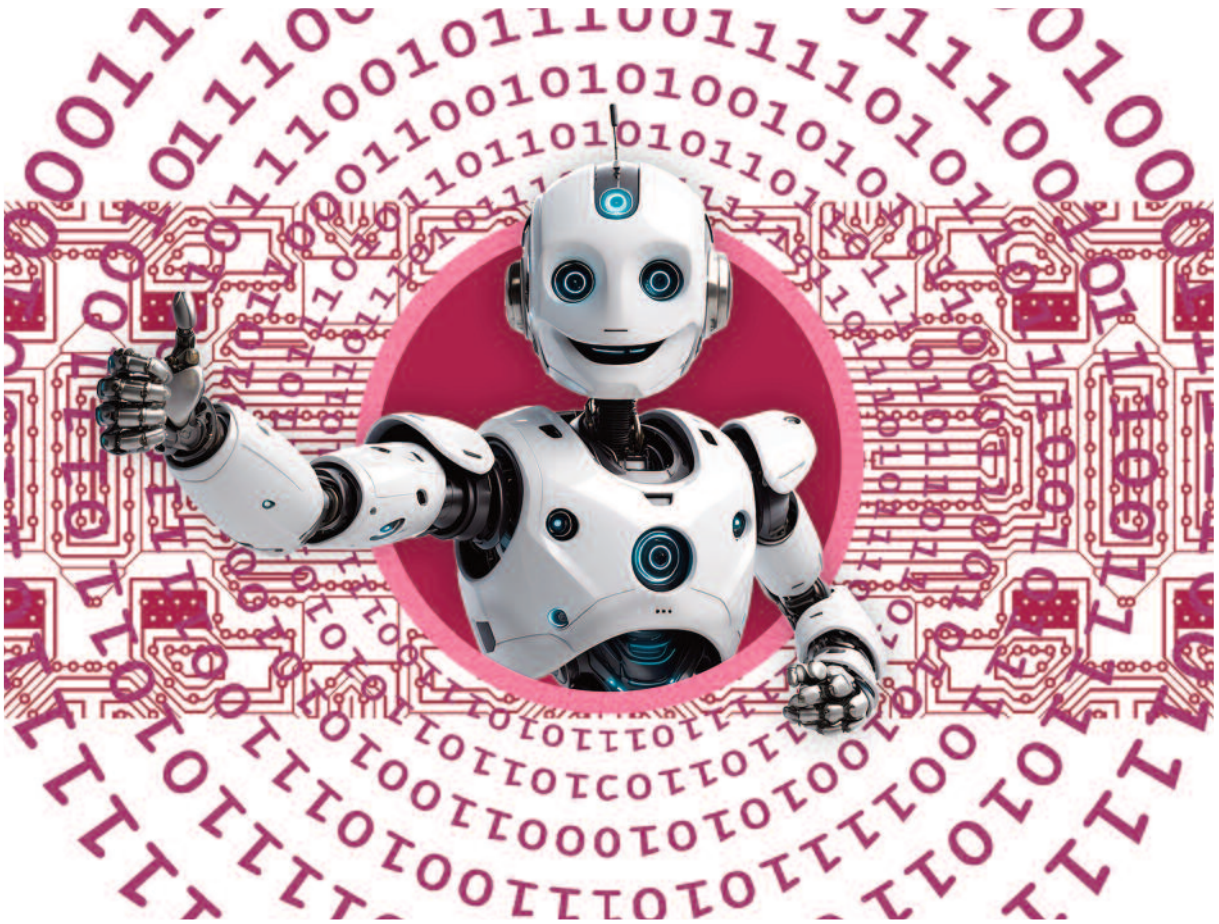
Para que realmente sea una potente ayuda para conseguir la sostenibilidad, la respuesta a la pregunta «¿los beneficios de sus aplicaciones compensan su desmesurado consumo energético, hídrico y de recursos minerales?», debería ser que sí.

El reto que supone equilibrar su creciente consumo de energía, agua y recursos minerales con su beneficio social es mayúsculo. Requiere superar muchos hitos complejos e interrelacionados donde todas las partes interesadas sean capaces de llegar a un punto de encuentro que nos beneficie a todos, no solo a las partes que obtengan «tajada» monetaria, o, como los llamamos comúnmente, «los de siempre».

Se requiere un ejercicio de generosidad por parte de los intereses económicos, los intereses políticos y los intereses sociales. Todos deberán ceder para que, al final, gane la humanidad entera, sin distinción de origen, religión, sexo o edad.

Viendo el panorama tan deshumanizado que está generando la Cuarta Revolución Industrial, parece imposible que se pueda producir este ejercicio de generosidad y se logre la integración económica de todos los servicios productivos, la integración social y política que reduzca las brechas sociales (económicas, digitales, de género...), y la integración medioambiental que reduzca la huella ecológica de la humanidad.





Pero no perdamos la esperanza. Se dice que la Quinta Revolución Industrial será conocida como «la revolución de la sostenibilidad digital», donde la humanidad estará en el centro.

Aunque los expertos dicen que la Quinta ya está llamando a la puerta de la Cuarta para que la deje pasar, todavía nos queda la difícil tarea de superar la asignatura pendiente más importante y trascendente para llegar al bien común, que sitúe a la humanidad en el centro de todas las decisiones: la aceptación y el respeto a la diversidad que supone la humanidad, que se manifiesta de forma múltiple y diversa en cada uno de los seres humanos que la formamos.

«Cuando los que mandan pierden la vergüenza, los que obedecen pierden el respeto; así se rompe el frágil contrato social que sostiene a una nación; porque un gobierno sin ética desmorona la confianza del pueblo» (Confucio).

Bibliografía

<https://es.weforum.org/>
<https://observatorio-ametic.ai/es/>
<https://www.iea.org/news/>
<https://algoritmosverdes.gob.es/es/>
<https://minariasostible.gal/es/>
<https://am.gs.com/es-es>
<https://dgtlinfra.com/>



La palabra *escatología* proviene de dos palabras griegas que significan 'último' (ἔσχατος) y 'estudio' (-λογία). Se trata del estudio de las «cosas finales», bien el fin de la vida individual, o el fin de los tiempos, o el fin del mundo, así como la naturaleza del reino de Dios. Toda revelación sobre el fin del mundo está envuelta en misterio.

La escatología trata del misterio de la muerte: ¿que nos espera?, ¿hay algo más? ¿Qué ocurre con mis actos en vida? ¿Por qué debo tener unas normas básicas? Son tantas dudas, tantos miedos, tantas inquietudes, o tantas certezas según quien lo encare.

Sentirse libre de todos estos pesos es un anhelo de todo ser humano, y cada uno debe encontrar la vía, el camino, la doctrina que, al menos, nos dé esperanza de algún sentido de esta vida.

Es, por lo tanto, muy amplio el camino de obtener como objetivo estas respuestas y darles un orden con el que comprender profundamente y sin ingenuidad lo que podríamos definir como la gran esperanza del más allá.

Como he dicho, son tantos y tan amplios los caminos como los tipos de personas que los recorren. Los medios varían según religiones, culturas, civilizaciones y épocas en la historia. Cada una nos envuelve y nos influye de un modo muy particular y cada uno es libre de elegir, si se puede decir así, o de obedecer una u otra tendencia desde la que iniciar y orientar su propia existencia.

Generalmente, las que tienen mayor capacidad y amplitud de acción han sido, hasta ahora, las diferentes religiones predominantes en cada zona. Son las que más profundos estudios tienen, con sus Escrituras sagradas, sus manuales, sus tesis, sus guías y un sinfín de aspectos que, perfecta y continuamente actualizados, hacen imposible poder rebatirlos. Hay que sumarle, además de ser la mejor guía de realización para los hombres y mujeres, el estar firmados, sellados y lacrados por «el mismísimo Dios».

Hay multitud de religiones, unas más extendidas que otras y con mayor influencia, pero todas parten de una idea común inamovible para llegar a la salvación: obediencia ciega a la palabra de su Dios.

Deberíamos hacer referencia a los conceptos escatológicos de las antiguas culturas civilizatorias de India y Egipto, pero sería tan amplio como su mostrada grandeza que hasta hoy nos ha sobrecogido. Pero son tan extensas y tendríamos que relacionarlas con tantos elementos, aspectos y divinidades que se hace complicado dar un esbozo, aun sencillo, de lo que fueron, para simplemente quedarnos con su significado básico.

Vamos a dar unas simples pinceladas sobre las predominantes religiones monoteístas, las cuales hacen una referencia más concreta, pues al basarse en un único Dios verdadero, cada cual el suyo, no nos ofrecen tanta distracción ni tanta variedad de posibilidades ante el destino que se nos depara. Está todo muy definido, tan concretizado que hasta debemos agradecer que todo sea así de simple y directo: eres bueno, vas al cielo; eres malo, al infierno.

Cada religión tiene su propia visión escatológica según sus creencias sobre el devenir de los tiempos. En todas ellas el hombre, individual y colectivamente, trasciende el mundo terrenal y existe por la eternidad en realidades radicalmente distintas a la vida conocida, algunas de ellas dichosas (cielo) y otras de condenación (infierno).

Cristianismo

La escatología cristiana es una rama de la teología cristiana conformada por las creencias escatológicas o de las «últimas cosas» del cristianismo.

¿Qué creen los cristianos acerca de la escatología?



La escatología es el fundamento de la esperanza del gozo en Cristo. Al comprender la escatología, se puede tener una teología bien integrada que nos permita vivir una vida cristiana auténtica con confianza y esperanza. Esa vida demostrará la realidad actual del reino de Dios.

La teología cristiana se ha ocupado mucho, especialmente durante el Medievo y la Reforma, de los cuatro elementos en los que fundamenta su escatología: muerte, juicio final, cielo e Infierno.

Afecta a todos: «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez». Inmediatamente que la persona muere, va directamente a un juicio (particular), del que devienen unos dictámenes totalmente absolutos; bien la eterna felicidad gozando del Paraíso, o bien la eterna desdicha sufriendo el desamor en el infierno. En ambos casos el dictamen se imagina corpóreo.

Para la Iglesia cristiana, la escatología, en su forma básica, implica el regreso de Jesús (parusía), el establecimiento de un reino de Dios que durará mil años durante el cual Jesús reinará, y la derrota del mal y de la muerte para siempre.

El judaísmo

Dentro de la religión hebrea ha habido siempre dos corrientes muy fuertes. Una interna que desarrolla la Cábala y otra externa completamente exotérica, que llega incluso a negar la inmortalidad del alma de la mujer que no haya concebido hijo varón.

Su concepto de salvación es diferente al de Occidente. Hay que ver que ellos no persisten tanto en esa dualidad cielo-infierno. Hablan de un mundo venidero, nombran ese Jardín del Edén como una especie de paraíso, pero la salvación es aquí, ahora.





No existe una descripción exacta del Cielo en las Escrituras judías. Muchos piensan en el Cielo como gran edén (el Jardín del Edén), que es un lugar soleado donde la gente de todas las naciones se sentará y comerá junta cuando llegue la pacífica era mesiánica.

Para ellos la salvación es siempre terrenal, es decir, aquí, donde pisamos, no en lo celeste. Son cosas tangibles lo que ellos referencian como salvación. Construir una nación judía, recuperar Jerusalén en su día y mantenerla como ese centro de su religión, son esas las cosas que ellos ven como salvación en el judaísmo. Es como si importara el conjunto más que las individualidades.

En otras palabras, la escatología del Antiguo Testamento debe tener que ver tanto con el cielo como con la tierra, tanto con el espíritu como con la materia. Por la naturaleza misma del pensamiento hebreo, no puede ocuparse de uno e ignorar el otro. El fin debe ocuparse tanto del mundo de las cosas como del mundo del espíritu.

¿Cuál es la expectativa escatológica del Antiguo Testamento?

Dios levantará un regente de la Casa de David, el Mesías judío, para guiar al pueblo judío y al mundo y marcar el comienzo de una era de justicia y paz, la era mesiánica. Los no judíos reconocerán que el Dios de Israel es el único Dios verdadero. Dios resucitará a los muertos. Dios creará un nuevo cielo y una nueva tierra.

Actualmente el judaísmo se refiere a la actualidad como la época de la redención. La salvación es aquí, ahora.

El islam

En el islam, la fe cuenta para el destino del creyente y, cuando dicho creyente haya fallecido, conoce en persona a Alá y es conducido al paraíso. Sin embargo, no recibe íntegramente su recompensa hasta el Día del Juicio. Para los impíos, el destino es sufrir en su propia tumba hasta llegar el juicio final, donde se decidirá su destino.



Según el islam, la escatología cristiana explica tan solo una parte y con muchos defectos.

En la escatología musulmana, el Paraíso se concibe como la morada definitiva de las almas de los bienaventurados, un lugar de deleite y descanso eterno reservado para los justos en compensación por sus buenas acciones terrenales. El Paraíso espiritual accesible al creyente en la otra vida se compartimenta en siete paraísos o jardines. Cada uno de los siete cielos está representado como compuesto de un material diferente, y los profetas islámicos residen en cada uno de ellos.

Desde el siglo X hasta nuestros días, la doctrina tradicional de gran parte de los eruditos musulmanes coincide en señalar que Dios bendecirá de modo especial a los «mártires de la yihad» con siete señales o recompensas. Una de ellas es la concesión a los varones de setenta y dos mujeres vírgenes («huríes»).

En el islam, el paraíso y el cielo son dos cosas diferentes. El paraíso es un lugar creado para que los creyentes residan en él. Los cielos son más bien como universos. Alá Todopoderoso creó siete cielos.

Pero más allá de los diversos y similares puntos de creencias de lo religioso, no vamos a dejar de valorar los diferentes enfoques más racionales, que, como veremos, tampoco es que den mucha luz a ese misterio que tanto nos atenaza. Pero donde pueda haber un atisbo de claridad, debe haber una razón que la respalde. Usaremos, pues, la razón de lo tangible.

La biología

Al estudiar la vida desde diferentes puntos de vista, ecológico, sistemático, evolutivo, molecular y genético para poder diferenciar y relacionar las distintas formas de vida,

se obvia el aspecto natural de la muerte en el desarrollo de su estudio. Es un final y ya está. Todo lo que los cuerpos han avanzado gracias a esa evolución en sus varios aspectos antes nombrados acaba igual que como empezó, en un instante. Nada tiene trascendencia para la biología. Todo es para la vida y durante la vida. Si acaba la vida, acaba el estudio, el desarrollo de esta ciencia se detiene en cada molécula, organismo, cuerpo y, por supuesto, en cada ser vivo que deja de funcionar. Continuará la biología sus estudios de la vida y sus formas, pero ya no en ese cuerpo, sino en otros similares que mantengan constantes que estudiar, movimientos que observar, singularidades que descubrir.

El científico Kevin Peter Hand se pregunta en su libro *Alien Oceans* si existe la vida más allá de la Tierra como referencia de estudio para ampliar a todo un universo.

No habla del final de la vida como un nuevo proceso para el ser humano. Pero sí se preocupa mucho del origen de esta vida no solo en la Tierra, sino que busca posibilidades en el universo, en principio cercano, en nuestro sistema solar, puesto que, si no se encuentran formas de vida en nuestros planetas cercanos y sus satélites a los que se está empezando a estudiar muy básicamente, la vida en la Tierra sería algo casi excepcional, una singularidad biológica única. Pero si, por el contrario, nuestros planetas poseen esa característica vital, entonces estaríamos ante un descubrimiento que al menos nos diría que el origen de la vida no es un proceso exclusivista, sino relativamente fácil; tan solo requeriría unas condiciones adecuadas para expresarse en quién sabe qué diferentes formas y aspectos.

Hace referencia, evidentemente, al aspecto corporal y físico, a nuestro cuerpo, pero dice que nuestras células están ya programadas para morir en un tiempo determinado. Es decir, que más allá de la posibilidad de enfermedades, accidentes, depredación, desastre



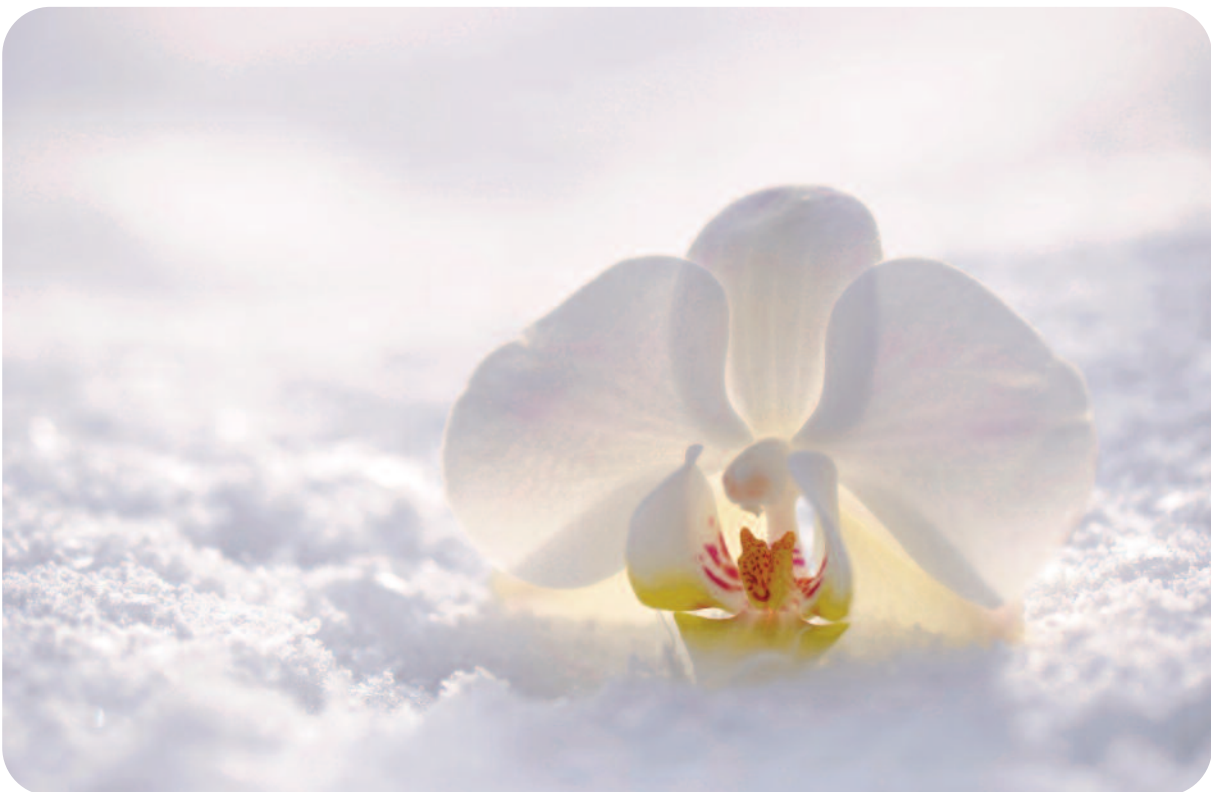
natural o inducido (suicidio, homicidio, eutanasia, accidente, pena de muerte, desastre medioambiental, etc.), está la muerte natural llamada «apoptosis», que hace referencia a la caída de las hojas en los árboles. Parece ser que, así como un árbol pierde sus hojas, llega un punto en que las células del cuerpo se suicidan por haber llegado a un límite temporal. Una especie de obsolescencia programada para la maquinaria de nuestro organismo.

Ciencia

Tomaremos como referencia al doctor Manel Sans Segarra, quien, como él mismo cuenta, comenzó a interesarse por las experiencias cercanas a la muerte por todo lo que le contaban los pacientes a los que, habiéndolos tratado con diagnóstico de muerte clínica, él había reanimado. Resume sucesos similares contados con anterioridad pero que, aquí, se afirman y referencian de forma más actualizada, con una preocupada gran investigación de conceptos no solo religiosos, sino de aspecto espiritual, científico-técnico, psicológicos y todos los aspectos propios de la materia, para dar una veracidad profunda basada en una seria documentación que la avale.

Sobre el miedo a la muerte opina que, hoy en día, surge de la identificación exagerada con este materialismo actual. Esa identidad de la sociedad materialista es lo que define como ego. Como el ego se fundamenta totalmente en la materia, en el cuerpo, y todos sabemos que la muerte es una realidad, cuando desaparece el cuerpo el ego desaparece. Hoy impera el ego, el ego sabe que la muerte supone su fin y ese es el sufrimiento del miedo a la muerte.

Habla de que esta concepción de la muerte no es nuestra realidad. Para poder explicar la muerte dependemos totalmente de nuestra concepción existencial. Si nos basamos únicamente en el ego, con la muerte desaparece todo. Ese paso a lo desconocido es dejar





todo, amigos, familiares, bienes materiales por los que tanto hemos luchado e incluso malgastado nuestro tiempo y dinero, nuestra vida.

Venimos sin nada y nos vamos sin nada.

Pero tenemos otra realidad existencial basada en nuevas pruebas reales, objetivas, fundamentadas en una base científica, que nos permiten demostrar que, después de la muerte, continúa nuestra realidad existencial, eso que se llama la conciencia no local, la supraconciencia o espíritu. Nuestra verdadera identidad, eso que nos hace únicos y exclusivos persiste; por lo tanto, el cuerpo es solo una funda que nos envuelve y es temporal. Pero nuestra autentica identidad persiste.

Y otro factor que nos condiciona es que tenemos un instinto de conservación que nos une a la vida. Los jóvenes, en particular, temen al futuro. La mayoría de nosotros estamos preocupados por el futuro de nuestro planeta. Las guerras, los ataques terroristas y las tragedias humanitarias de principios de este milenio contribuyen a un estado colectivo de ansiedad, a la «cronofobia».

Filosofía

La muerte es una dimensión de la vida. Para Martin Heidegger, filósofo existencialista, la muerte es el acontecimiento esencial en la aventura humana. La muerte es un misterio, la consideramos como el momento de decir adiós a todo, es el viaje de irás y no volverás. ¿Por qué nacimos, si vamos a morir?

¿Qué responder a eso? Pues que en el mismo hombre está la respuesta a su inmortalidad. Hay un principio que es mortal-energético, y otro que es mortal-material. Este último sí tiene una existencia evidente; aun así, es limitada.



Al no poder colocar nuestra inmortalidad en lo más alto de nuestra espiritualidad, surge esa necesidad de perpetuarse en la materia: un hijo, una familia, una obra artística, en lo cotidiano. Y ahí está lo perecedero, lo que nos da sensación de mortalidad, de pérdida, ya que todo eso es circunstancial, tiene una existencia relativa.

Hay una necesidad de experiencias, pero para aprender es necesario vivir, ir evolucionando, y para ello es necesario el tiempo. Esa es la idea del eterno retorno, esa necesidad de eternizar un tiempo unido más allá de la conciencia, que nos permita esa continua posibilidad de evolucionar como individuos. Si evolucionamos como especie, mejorando los cuerpos y nos adaptamos a las nuevas formas materiales, ¿por qué nos vamos a negar esa misma evolución en lo espiritual? Si avanzamos en la especie será porque avanzamos en lo individual.

Los clásicos precristianos, en general, tenían una concepción cíclica del tiempo (Pitágoras, Platón, Aristóteles, los estoicos, por no hablar de la concepción filosófico-religiosa del hinduismo y el budismo). Esta concepción estaba tomada, en cierto modo, de los ciclos de la naturaleza.

La creencia en el renacimiento o migración del alma fue expresada por ciertas figuras históricas de la antigua Grecia, como Pitágoras, Sócrates y Platón.

¿Qué es la muerte según Aristóteles?

Aristóteles dice que el alma tiene dos partes: una, la parte pensante, que sigue existiendo después de morir porque es inmateral; y la otra, la parte relacionada con emociones y sentidos, que desaparece con el cuerpo.

Su diálogo *Eudemo*, por ejemplo, refleja la visión platónica del alma como prisionera del cuerpo y capaz de una vida más feliz solo cuando se ha dejado atrás el cuerpo. Según

Aristóteles, los muertos son más bendecidos y felices que los vivos, y morir es regresar al verdadero hogar.

Algunos filósofos creen en la inmortalidad del alma o en la reencarnación como Platón. Es probablemente el filósofo más conocido por su creencia en la inmortalidad del alma. En su obra, sostenía que el alma humana existía antes de nuestro nacimiento y continuará existiendo después de la muerte. Pero Platón considera que nacer y morir son procesos que experimenta el cuerpo, no el alma, pues esta es inmortal.

Platón es el principal exponente del que tenemos noticia de la reencarnación en los griegos. En la obra *Fedro*, escribe cómo el alma humana, de acuerdo con el descubrimiento de la verdad que haya alcanzado, nacerá en un tipo de cuerpo o en otro.

El hombre es un ser que tiene dos dimensiones, cuerpo-alma. Platón presenta tres pruebas de la inmortalidad del alma: una en el *Fedón*; otra, en la *República*; y otra, finalmente, en el *Fedro*

Deberíamos referirnos entonces a esa ley de ciclicidad, a los ciclos, aquello que se refiere a lo que vuelve a recomenzar, pero no desde el punto mismo en que se detuvo, sino desde un paso más allá. Nunca se comienza desde un mismo punto, aunque sí tal vez de un mismo lugar.

Así, para explicar o hablar sobre qué es la muerte, sobre ese fin de la vida, del fin del mundo, deberíamos hacer referencia a que no existe la muerte, sino que se expresa en otra forma de existencia a la que llaman muerte en contraposición a vida... Es la vida UNA, donde hay un movimiento cíclico por el cual todo avanza hacia una misma realidad-Dios. Y esa ley es una ley de la naturaleza. A nivel humano es un reflejo de ella. Somos parte de esa naturaleza, estamos incluidos en ella y sería absurdo pensar que ella es una realidad y nosotros otra diferente.



La palabra *ciclo* proviene de la raíz *circulo*, significa 'círculo'. Es esa trayectoria que vuelve como a recomenzar, que vuelve a su punto de inicio. Y una trayectoria implica movimiento, pero movimiento de avance hacia algo. En ese avance ya no se vuelve nunca sobre el mismo lugar exacto. Todas las demás opciones anteriores, y en la actualidad, referencian una trayectoria lineal, y es por eso por lo que tienen ese punto de vista tan rebuscado de la vida.

Podemos ver esos ciclos en nosotros mismo en cualquiera de los movimientos propios de nuestro cuerpo. Nuestra respiración, por ejemplo, es cíclica; nuestro corazón, rítmico, que es cíclico en sí, etc.

Pero como filósofos miramos dos veces las cosas y vemos que todo ciclo debe tener más de un solo aspecto. Hay un aspecto repetitivo y formal en el ciclo, que cumple un trabajo concreto en la materia. En nuestra respiración sería el de soporte vital, el de mantener la vida. Como el resto de órganos del cuerpo. Pero más allá de eso, debe de haber una finalidad. Cuál sería esa finalidad más allá del cuerpo físico es donde se responde a ese aspecto escatológico. La repetición, por sí sola, tiene un pobre sentido. Debe de existir otro motivo que emerja de esa repetición y que sea diferente a ella y más elevado.

Sería interesante preguntarse en todos los ciclos: esta repetición, ¿qué objetivo tiene?, porque si encontramos la respuesta, estaremos encontrando ese sentido de la vida.

Conclusión

Debemos entonces valorar las diferentes visiones sobre la vida y la muerte, sobre cuerpo, alma y espíritu, y ver más allá de los conceptos que cada opción nos muestra como vía. Unos nos hablan de un único camino en Dios; otros, de ciclos de vida, ciclos de la naturaleza.






Una religión pone límites a la identidad y vive a través de intermediarios, que son los que limitan y por eso son tan poderosas. Una espiritualidad no pone límites, cada uno puede seguir avanzando hacia Dios.

Sin embargo, una crisis religiosa lleva al auge de la espiritualidad; por lo tanto, necesitamos esa crisis para seguir avanzando.

Necesitamos entender esas leyes de la naturaleza para aprender de ellas, aprehender, tomar y hacerlo nuestro. Los ciclos refieren desequilibrio, avance; todo avanza y, por lo tanto, debemos ver esas repeticiones cíclicas como un avance. De estos ciclos repetitivos siempre se obtiene algo, algo que hace avanzar a la naturaleza, a los seres vivos.

Pero de repetir por sí solo no lo obtendremos, necesitamos poner conciencia en lo que estamos haciendo y no repetir algo mecánicamente, sin fijarnos. Así no obtendremos todo lo que podríamos obtener. Se requiere que exista un elemento inteligente en la repetición. Cuando hablamos de la naturaleza, el elemento inteligente lo pone la naturaleza, ahí el ser humano no interviene. Pero cuando los ciclos nos afectan a nosotros, como tenemos la capacidad de elegir y de actuar, tenemos ese libre albedrío. Si caemos en la mecanicidad cíclica inconsciente, no nos aprovecha para nada, o casi nada. Sin conciencia no hay aprendizaje.

Las decisiones de nuestra vida las hacemos nosotros con nuestro libre albedrío, en una vida que se repite cíclicamente, y ahí sí tenemos que poner conciencia si queremos avance. Esa repetición cíclica consciente nos lleva a una práctica; de ella obtenemos una destreza y un sentido de la vida. Y ese sentido de la vida es la pregunta con la que hemos iniciado esta exposición y con el concepto que también la terminará: un ciclo, un concepto, un avance, ¡espero!...



*El laberinto de los extraviados:
Occidente y sus adversarios,*
de AMIN MAALOUF

Cinta Barreno Jardí

El pasado 2 de diciembre de 2024, Amin Maalouf recibió el Premio Internacional Catalunya y, como bien dijo, «estamos viviendo una de las épocas más peligrosas de la historia de la humanidad, caminamos por un sendero estrecho y complicado que nos puede llevar a la cima o a caer en el abismo».

Gracias a los grandes avances de las ciencias y las técnicas, la humanidad podría deshacerse de todas las calamidades que la han azotado desde el principio de la historia. Por todo lo que se ha construido e inventado, es innegable que la especie humana es sorprendente, incomparable y digna de admiración.

Pero nos sigue diciendo Maalouf que en otros campos no es siempre así y, concretamente, hay uno en el que nuestra especie parece haber llegado, e incluso superado, su límite de incompetencia colectiva: nuestra incapacidad de convivir, de poder vivir conjuntamente de forma pacífica y armoniosa. Una incapacidad que amenaza con destruir todo lo construido, todo lo inventando hasta ahora, que compromete el futuro. Una incapacidad manifiesta en todos los países y también a nivel global. La incapacidad de convivir es lo que nos puede hacer caer en el abismo.

Estamos en el siglo XXI y parece que no hayamos aprendido nada de la historia. Los patrones se repiten, pero nuestra época supera con creces la capacidad de barbarie de otros momentos históricos. La capacidad destructiva de hoy no tiene parangón con ningún otro momento de la historia. Solo hace falta pasear la mirada por cualquier periódico para tomar conciencia del sufrimiento y destrucción que millones de personas en todo el mundo viven a diario debido a las guerras y otros conflictos que, además, están provocando miles de muertos y millones de desplazados.

Esta es la gran paradoja de nuestro tiempo: tenemos el conocimiento a nuestro alcance, y el progreso científico y tecnológico avanzan a gran velocidad. Pero, al mismo tiempo,

el sufrimiento, la destrucción y el odio no paran de crecer cuando el avance de la ciencia y la tecnología junto con el conocimiento deberían provocar lo contrario: menos sufrimiento, menos destrucción y más comprensión de lo distinto.

La trepidante innovación tecnológica y científica que transforma nuestras vidas y que parece no tener fin plantea toda una serie de riesgos imprevisibles, porque nuestras mentalidades no consiguen seguir su ritmo. Se atascan chocando entre ellas, siendo cada vez más recelosas unas de otras. Teniendo en cuenta que la ciencia y la tecnología son neutras, tal y como nos explica Amin Maalouf, conseguirán llegar donde tengan que llegar independientemente de cuáles hayan sido las intenciones (buenas o malas) de su inventor. ¿Será la Humanidad capaz de responder positivamente al reto que ello supone?

Yo quiero pensar que sí, que seremos capaces de pasar de la confrontación a la reconciliación, de la lógica de la hegemonía y la codicia a la lógica de la solidaridad; que seremos capaces de vivir y universalizar de verdad esos tres maravillosos principios de la Revolución francesa: igualdad, libertad y, sobre todo, fraternidad para construir una civilización universal en la que sus cimientos sean los valores que nos unen, el bien común, la dignidad de todos y todas, el respeto a la diversidad y a la naturaleza que nos da el sustento. Entonces podremos conseguir la cima y no caer en el abismo.

Pero, para ello, todavía nos queda mucho trabajo y ser conscientes del peligro de nuestro momento histórico, con el fin de poder transformar el riesgo que supone en una oportunidad para el futuro de las siguientes generaciones, a las que, como decía Jorge Ángel Livraga, deberíamos dejar un mundo mejor que el que encontramos.



Para entender el momento histórico, *El laberinto de los extraviados. Occidente y sus adversarios* será de gran ayuda. Nos dará pistas para entender las razones estratégicas de las decisiones que los países toman en este gran tablero de ajedrez que es la geopolítica mundial.

Aunque ya hemos dicho que nuestra época no tiene precedente, lo que está sucediendo vendría de la herencia envenenada de conflictos anteriores que no se supieron cerrar y superar correctamente. El egoísmo, la codicia, la hegemonía del vencedor y la humillación del vencido es lo que ha predominado en los mal llamados tratados de paz de los conflictos que han enfrentado a Occidente con sus adversarios en los dos últimos siglos. No todos fueron un absoluto desastre, hubo algunos que fueron buenos, la historia los avala, pero han quedado en el olvido y no han servido de ejemplo para la resolución de conflictos posteriores.

En este libro, emulando a los escritores antiguos, a quienes les gustaba explicar las vidas paralelas de personajes ilustres de la historia, Amin Maalouf nos explica la trayectoria de los tres países que han intentado durante estos dos últimos siglos desafiar la supremacía global de Occidente: el Japón imperial, la Unión Soviética y China. También de Estados Unidos, quien recogió la pérdida de la hegemonía de las potencias europeas.

De nuevo vuelve a plantear la pregunta: ¿estamos frente a la decadencia de Occidente? Una cuestión que Amin Maalouf ya ha formulado en libros anteriores y que no es nueva, ya que se plantea de manera recurrente desde la Primera Guerra Mundial, cuando las potencias del viejo continente empezaron a perder el rango que tenían durante la época de los imperios coloniales y lo cedieron definitivamente a Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.





Después de la destrucción y la mortalidad que supuso la Gran Guerra, Europa fue incapaz de perdonarse y reconciliarse. La supuesta paz firmada en el Tratado de Versalles la arrastró a una segunda guerra todavía más atroz. Esto dejó a Europa en una situación muy delicada. Exhausta, sin energías, materialmente en ruinas, cedió su hegemonía en el mundo a Estados Unidos, la otra potencia occidental, que la ayudó a recuperarse a cambio de un ciego servilismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, parecía que se había entendido que tanta destrucción y sufrimiento no eran necesarios, y por eso se crearon organismos a nivel mundial que se suponía que debían ser, entre otras cosas, los garantes de la paz y el equilibrio en el mundo. La intención era muy buena, pero nacieron pervertidos por los mismos defectos que siguen llevando a la humanidad a conflictos: el egoísmo, la arrogancia de los vencedores, que se otorgaron derechos de veto, y la falta de comprensión de lo distinto. Actualmente, su incompetencia para solucionar conflictos ha llegado a tal punto que los propios cascos azules, la fuerza de paz de la ONU, son atacados por países que forman parte del mismo organismo.

Y, nuevamente, hoy vuelve a aflorar la misma pregunta: ¿estamos frente a la decadencia de Occidente? ¿Estamos asistiendo a la caída de Estados Unidos de su pedestal y al surgimiento de otras potencias dominantes?

El título del libro es bastante desvelador: *El laberinto de los extraviados*. El acurado repaso histórico sobre la trayectoria de las cuatro naciones mencionadas, Japón, China, la Unión Soviética y Estados Unidos, nos muestra lo acertado del título. Deja bastante claro que ni Occidente ni sus adversarios pueden sacar a la humanidad del laberinto en el que se encuentra. El motivo es que todos, sin excepción, incluso la Unión Europea, si ocuparan el papel de potencia hegemónica, se volverían arrogantes, depredadores, tiránicos y odiosos.



Como decía *El gran dictador* (Charles Chaplin) en esa memorable película:

«(...) En este mundo hay sitio para todos y la buena tierra es rica y puede alimentar a todos los seres. El camino de la vida puede ser libre y hermoso, pero lo hemos perdido. La codicia ha envenenado las armas, ha levantado barreras de odio, nos ha empujado hacia las miserias y las matanzas.

Hemos progresado muy deprisa, pero nos hemos encarcelado a nosotros mismos. El maquinismo, que crea abundancia, nos deja en la necesidad. Nuestro conocimiento nos ha hecho cínicos. Nuestra inteligencia, duros y secos. Pensamos demasiado, sentimos muy poco (...).».

Esta es la gran lección de la historia: la codicia y la arrogancia lo envilecen todo absolutamente. *El laberinto de los extraviados* nos lo vuelve a recordar, repasando minuciosamente lo acontecido en estos cuatro países.

En estos últimos años volvemos a sentir sobre nosotros esa espada de Damocles que estuvo tan presente durante los largos años de la Guerra Fría: el cataclismo atómico. ¿Debemos resignarnos obedientemente a un enfrentamiento así y a la barbarie que supondría? Amin Maalouf cree que no. Yo también creo que no.

La historia nos demuestra que el enfrentamiento entre colosos es la culminación de los conflictos. Esto no quiere decir que tenga que ser así; la historia, precisamente, es útil para poder ver y entender los errores cometidos y así no volverlos a repetir. Quizás ha llegado el momento de no repetir lo mismo. Esta vez, repetir la «lógica» de la historia

sería devastador. La destrucción y el sufrimiento que se infligiría son inimaginables.

El otro gran problema actual y que todavía muchos siguen negando es el cambio climático, sobre el que se habla mucho, pero en verdad no se está haciendo casi nada para evitarlo. Vuelve a poner de manifiesto, al igual que el choque de colosos, la incapacidad de la humanidad para afrontar conjuntamente el riesgo tan grande que supone.

Cualquiera de los dos riesgos mencionados está poniendo en jaque el futuro. Ni la Tierra ni la humanidad lo merecen.

Tal y como nos dice Amin Maalouf, la perspectiva actual de *extravío* generalizado solo puede angustiarnos; la incapacidad de nuestras diferentes civilizaciones para resolver los problemas tan espinosos de nuestro planeta demuestra un agotamiento del mundo.

Si está claro que vamos por el camino equivocado, si pensamos que al frente de la humanidad no debería haber una potencia hegemónica que rija el devenir en función de unos intereses que no están orientados al bien común de la humanidad sino al beneficio de unos pocos, ¿por qué no replantearnos la manera en cómo se gobierna nuestro mundo, para dejar un futuro a las nuevas generaciones que no esté determinado por las guerras ni por las luchas sin fin por la supremacía de una manera u otra de entender el mundo?

En el momento de escribir esta reseña, parece haber finalizando la guerra de Siria, una guerra que comenzó el 11 de marzo de 2011; casi catorce años de destrucción y sufrimiento, de miles de muertos y millones de desplazados. Nos debería servir de ejemplo para entender que tanta devastación y sufrimiento no son necesarios.

En Siria hoy vuelven a resonar las palabras de reconciliación, respeto a la diversidad y dignidad humana. Si estas palabras son capaces de convertirse en hechos y vencer el odio, el resentimiento que puede provocar el dolor de las secuelas de tantos años de sufrimiento, si la codicia es vencida por la solidaridad y la fraternidad, podrá crecer esa maravillosa flor balsámica que es el perdón y Siria resurgirá y será un ejemplo.

Esto es lo que necesita el mundo, un cambio de palabras y actitud para superar la incapacidad de convivir y gestionar conjuntamente los problemas de la humanidad, y así poder llegar a la cima y no caer en el abismo.

Solo la convivencia y la fraternidad pueden recargar las baterías de este mundo *agotado* en el que vivimos. A la convivencia y la fraternidad llegamos con amor, humildad, generosidad y cordura, aplacando la emoción con el verdadero sentimiento y la reflexión serena.

Como nos dice Amin Maalouf, «la historia del futuro todavía no se ha escrito. Las páginas más preciosas están aún por escribir».

Datos del libro:

Editorial: Alianza

I.S.B.N. :978-84-1148-691-0

Edición: 23/05/2024

LA LITERATURA, un mensaje para el alma

Ramón Sanchis

Finalidad de la literatura

La literatura tiene varias finalidades. Hoy en día, los lectores buscan, sobre todo, entretenimiento y diversión, aunque no son ajenos a la necesidad de aprender o de recabar buenas ideas y razonamientos. Por suerte, aumenta la «librodiversidad», porque los diversos géneros están en auge. Crece, por ejemplo, el número de lectores que lee ensayos y, según las estadísticas, cada vez se lee más (las mujeres aventajan a los hombres), aunque retrocede la lectura en los menores de quince años.

¿Cuál es, pues, la verdadera finalidad de la literatura? Según decía William Faulkner, el primer compromiso de un escritor es con su obra, con su arte. Añadía además que, si un escritor necesitaba robar a su madre por bien de su arte, él lo haría. Pero no se nos pide utilizar medios innobles para conseguir fines elevados o esenciales, porque el fin no justifica los medios. Se nos pide que seamos íntegros, dando lo mejor de nosotros por bien de nuestro arte.

Crear belleza

En la literatura recae una misión principal: crear belleza utilizando como herramienta la palabra escrita y el lenguaje. Es, por tanto, una faceta artística que depende de la inspiración y de la creatividad del autor para alcanzar su mejor expresión.

Pero fijémonos de nuevo en lo que ello significa: «crear belleza» para que nuestra vida adquiera otro color. Y a ser posible, a nadie le gusta vivir rodeado de un color negro, ni gris, ni oscuro, que le recuerde lo triste, sino claro, diáfano, luminoso, alegre, que le dé impulso a nuestra imaginación y creatividad.

Crear belleza es crear conciencia y, por tanto, sentimientos elevados, ideas cargadas de armonía y profundidad, amor propio (al que llamamos ahora autoestima), forjando la libertad de pensamiento, el criterio propio y la capacidad de decisión. Tal como si subiéramos en un ascensor, crear belleza consiste en elevar a las personas al nivel más alto posible de sus capacidades interiores.

Pero, tal como expresa Rabindranath Tagore en un poema titulado *La belleza*, la belleza no es algo que se apresa con las manos, sino con el alma:

*Yo oprimo sus manos; yo la estrecho contra mi corazón.
Yo intento enlazar con mis brazos su perfume,
beber su sonrisa con mis besos,
beber también su mirada con mis ojos.
Mas, ay, nada queda en mis «brazos, en mis labios, en mis ojos».
¿Pudo alguien tocar el azul del cielo?
Yo me encaramo hacia la belleza y corro tras ella;
mas la belleza se me escapa y solo me deja
su apariencia entre las manos.
Nostálgico y cansado vuelvo a este juego divino.
¿Cómo podrían las manos de mi cuerpo,
coger la flor que solo el alma puede rozar?*

El artificio literario

La buena literatura no consiste en crear un «artificio literario» atractivo por su envoltorio o apariencia, pero sin nada que aportarnos. No es cuidar la forma tan solo, como si entregáramos una caja de bombones como regalo, muy bonita, roja, con un lazo precioso, pero sin bombones.



Todos sabemos que, además de la descripción física de un personaje en cualquier libro, esperamos encontrar una descripción psicológica que nos dibuje su perfil humano, sus anhelos cotidianos y sus sueños más profundos.

Le dije a una amiga escritora que sus poemas me parecían bonitos, aunque eran demasiado racionales. Y la poesía, le dije, la hay de muchos tipos, pero necesita del sentimiento. Pero en ese momento me preguntó: ¿qué es el sentimiento? No podía creer que alguien no supiera lo que es el sentimiento. A pesar de todo, ella se dio cuenta de aquello que quise decirle, porque su poesía fue cambiando, dejó de ser un artificio racional, tornándose más personal y sensible, más humana, aunque lo racional también forme parte de lo humano.

Sobre el significado de la poesía, decía Gustavo Adolfo Becker (1836-1870) en las *Rimas*:

*«Mientras se sienta que se ríe el alma, sin que los labios rían;
mientras se llore, sin que el llanto acuda a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza batallando prosigan,
mientras haya esperanzas y recuerdos, ¡habrá poesía!».*

Por ello hay tantas críticas a los *best seller*, al menos de parte de los grandes escritores. En realidad, al lector medio le gustan. ¿Por qué? Está muy estudiado lo que atrapa al lector (acción, diálogo, páginas que se leen fácil, aunque no hay grandes descripciones, ni metáforas o mensajes ocultos en el texto, ni profundos simbolismos). Son libros que pasan sin pena ni gloria. Un envoltorio magnífico.

Literatura con contenido

Creo que hace falta una literatura que no sea una mera cáscara, un vulgar envoltorio, sino un poderoso contenido, capaz de transmitir ideas, de hacer soñar en valores, de elevar el





nivel en el que se mueve la conciencia del lector. «Las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay que decir desborda el alma» (Julio Cortázar, escritor argentino, 1914-1984).

Bastaría citar a Shakespeare y el diálogo de Hamlet ante la calavera de Yorik, el bufón del rey, y tantas obras clásicas, para reconocer las perlas que nos han dejado, las ideas que han sembrado en nosotros.

Seleccionaré este poema de Nizar Qabbani que va directo al corazón:

LECCIÓN DE DIBUJO

*Mi hijo coloca frente a mí su caja de pintura
y me pide que le dibuje un pájaro.
Sumerjo el pincel en color gris
y dibujo un cuadrado con cerraduras y barrotes.
El asombro llena sus ojos:
«...Pero esta es una prisión, padre,
¿no sabes cómo dibujar un pájaro?».
Y yo le digo: «Hijo, perdóname.
He olvidado la forma de los pájaros».*

*Mi hijo coloca frente a mí su cuaderno de dibujo
y me pide que le dibuje una espiga de trigo.
Sostengo la pluma
y dibujo una pistola.
Mi hijo se burla de mi ignorancia
y exclama:
«¿Acaso no conoces, padre, la diferencia entre
una espiga de trigo y una pistola?».*



*Yo le digo: «Hijo,
solía conocer las formas de las espigas de trigo,
la forma de la hogaza,
la forma de la rosa,
pero en estos duros tiempos
los árboles del bosque se han unido
a la milicia
y la rosa padece obtusas fatigas;
en este tiempo de espigas armadas,
de pájaros armados,
de cultura armada
y religión armada,
no puedes comprar una hogaza de pan
sin encontrar una pistola dentro,
no puedes coger una rosa en el campo
sin que te clave sus espinas en el rostro,
no puedes comprar un libro
que no explote en tus manos».*

*Mi hijo se sienta al borde de mi cama
y me pide que le recite un poema;
una lágrima cae de mis ojos a la almohada.
Mi hijo la prueba, asombrado, diciendo:
«¡Pero esta es una lágrima, padre, no un poema!».
Y yo le digo:
«Cuando crezcas, hijo mío,*

*y leas el diván de poesía árabe,
descubrirás que la palabra y la lágrima son hermanas
y el poema árabe
no es más que una lágrima llorada por los dedos que escriben».*

*Mi hijo pone sus plumas, su caja de crayones frente a mí
y me pide que le dibuje una patria.
El pincel tiembla en mi manos
y me sumo en llanto.*

(VOLÁTIL, <http://volatil.do.nu>, Café Interlingua 4)

Dice también Saint-Exupéry en *El principito*: «No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos».

Y cuando habla de los lazos profundos de amistad o del amor: «Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...».

Hace falta encontrar el sentido de la vida, como quiere hacernos ver en su cuento *El drama del desencantado* Gabriel García Márquez:

«...el drama del desencantado que se arrojó a la calle desde el décimo piso, y a medida que caía iba viendo a través de las ventanas la intimidad de sus vecinos, las pequeñas tragedias domésticas, los amores furtivos, los breves instantes de felicidad, cuyas noticias no habían llegado nunca hasta la escalera común, de modo que en el instante de reventarse contra el pavimento de la calle había cambiado por completo su



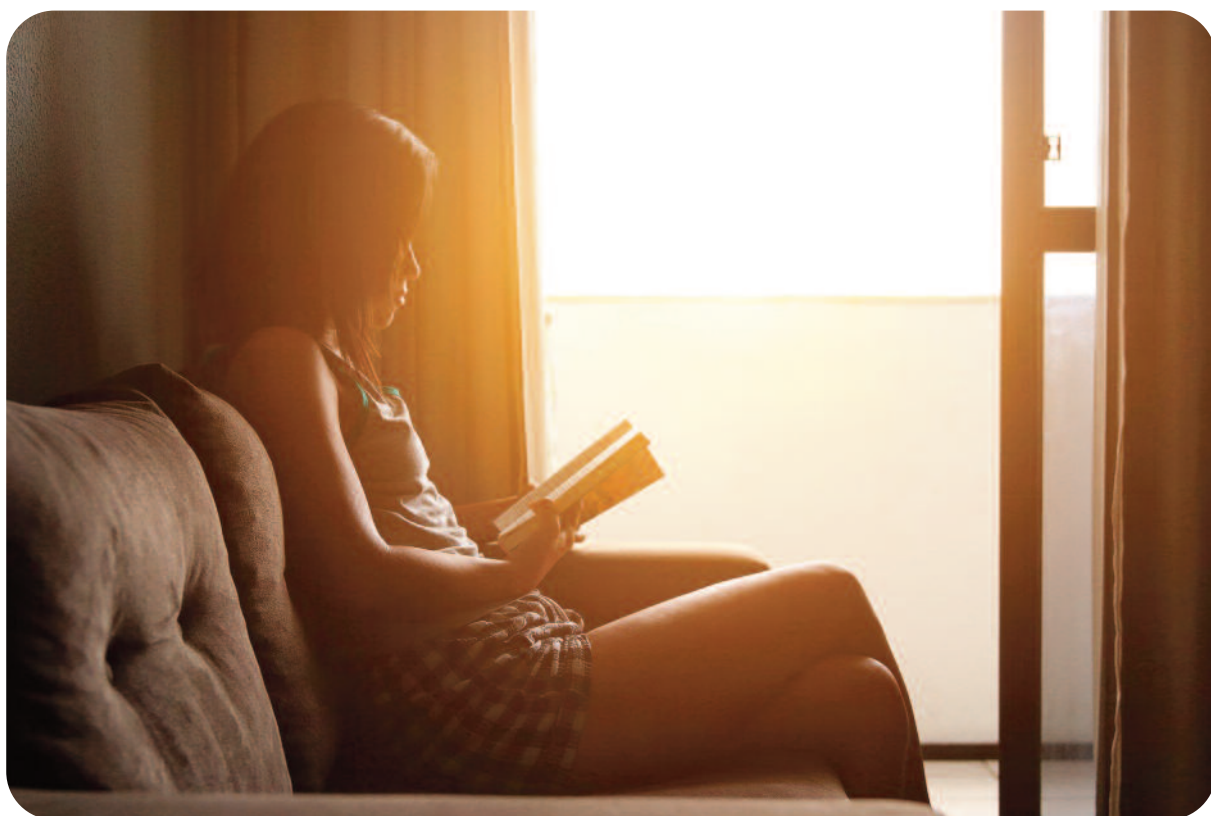
concepción del mundo, y había llegado a la conclusión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida».

La literatura refleja nuestro tiempo

La literatura refleja la realidad de nuestro tiempo, sus carencias, miedos, prejuicios, alienaciones... Tal ocurre con el culto del cuerpo, la desinformación, el libertinaje, la falta de formación e ideas en nuestros gobernantes, los sistemas de gobierno que no tienen en cuenta al hombre, sino a los intereses partidistas o de *lobbys* sociales, la corrupción, las mafias, la venta de drogas, la violencia de género, la visión de una mujer objeto, las violaciones múltiples, las diferencias sociales, el uso indiscriminado de las armas por cualquiera, la venta de armas a otros países, la lucha interesada por el petróleo y las energías, el partidismo, el inmovilismo, etcétera.

De ahí la necesidad de que la literatura tenga contenido, porque cada año que nos dedicamos tan solo a jugar con las palabras es un año perdido; en cada año que nos dedicamos a cultivar tan solo la forma, nos pasaría como a aquellos que hacen miles de horas de gimnasio pero no cultivan en nada la mente, el mundo de las ideas (los griegos ya decían que *mens sana in corpore sano*, lo cual no significaba que un cuerpo sano podría desarrollar la mente, sino que una mente bien desarrollada podía educar al cuerpo venciendo la pereza, regulando el tiempo de trabajo y de descanso, coordinando una sana alimentación, manteniendo la higiene, etcétera).

Considero que hacen falta mensajes que alienten una verdadera sensibilidad (no sensiblería), una sana formación (no solo información), una educación de nuestras emociones, alentando los grandes sentimientos, un aporte de valores (sin miedo de hablar de ellos), una libertad consciente (no libertina), porque no podemos utilizar a





placer el medioambiente, ni utilizar a las personas a nuestro antojo, ni vivir como si no hubiera un mañana (nosotros debemos por igual, respeto y cariño hacia nuestros antepasados y compromiso con la generación futura).

Toda obra literaria tiene las limitaciones de su autor

Hablar o escribir constituyen herramientas mediante las cuales se expresa nuestro pensamiento. Son sus hijos; una prole genéticamente parecida a su artífice. De ahí que toda obra literaria es un reflejo del carácter del escritor y de su pensamiento. Podemos afirmar, entonces, que una obra no puede llegar más alto que su propio autor, porque se apoya en sus capacidades, y pronto, se encontrará con sus mismas limitaciones. Y a menudo, sus personajes tampoco podrán ser más grandes que él mismo... pues no podrán concebir realidades más allá de las que capte su creador.

Autores clásicos como Homero, Cervantes, Shakespeare, Dante, Dostoievski, Tolstoi, Dickens, Borges, son admirados por diversos motivos: acaso por el ritmo de su escritura o la forma concreta en que elaboran las frases y los párrafos, o bien, por la profundidad de sus argumentos y el modo en que enfocan el desenlace de la trama.

Otros escritores «consagrados» destacan por la capacidad de recrear un ambiente psicológico y la fuerza descriptiva de sus personajes, pero principalmente se les valora por su capacidad de análisis y comprensión del alma humana, por sus acertados juicios o reflexiones, y en suma, por la humanidad y las virtudes que se aprecian en los personajes.

Quizá los grandes clásicos llegaron a concebir personajes arquetípicos y atemporales porque sus anhelos e ideales personales pretendían un mundo más humano, arquetípico y atemporal. Dejaron atrás el mundo pequeño y subjetivo que observaban para ofrecernos un mundo de grandes sueños e ideales que en principio parecía utópico.



Los divinos ocios

Para los clásicos, más allá del ocio y del negocio que copan nuestra vida, se encontraban los divinos ocios.

El ocio nos procura el descanso y entretenimiento. Mediante el negocio, ejercemos un oficio, una vocación y nos procuramos el sustento. Pero más allá de ello, necesitamos dedicar buena parte del día a los «divinos ocios», ese tiempo que los griegos destinaban a cultivarse, a encontrar la sabiduría, ese brillo interior que nos acerca a los dioses.

Decía Séneca que el ocio, entendido como descanso, unido a los divinos ocios, que propician el descanso del alma, nos llevarán a entender las maravillas de la naturaleza y de nuestro propio universo interior.

Necesitamos una literatura que nos entretenga, pero también, que nos emocione, que nos ayude a construirnos, que nos haga cuestionarnos los fundamentos de nuestra vida.

«Cuando muere, todo el mundo debe dejar algo detrás, decía mi abuelo. Un hijo, un libro, un cuadro, una casa, una pared levantada o un par de zapatos. O un jardín plantado. Algo que tu mano tocará de un modo especial, de modo que tu alma tenga algún sitio adonde ir cuando tú mueras, y cuando la gente mire ese árbol, o esa flor, que tú plantaste, tú estarás allí. No importa lo que hagas —decía—, en tanto que cambies algo respecto a cómo era antes de tocarlo, convirtiéndolo en algo que sea como tú después de que separes de ello tus manos. La diferencia entre el hombre que se limita a cortar el césped y un auténtico jardinero está en el tacto. El cortador de césped igual podría no haber estado allí, el jardinero estará allí para siempre» (Ray Bradbury, escritor estadounidense, 1920-2012).

Crear escuela

Porque hay muchos escritores que vagan como un lobo estepario, trabajan de *free lance* en una empresa llamada Literatura, rumiando palabras en solitario, pero esos, salvo los grandes genios, no dejan tras de sí un camino, una estela que ayude a los demás a evolucionar, a cuestionarse la vida y comprender. Y en un mundo tan caótico como el nuestro hace falta trazar caminos que otros puedan seguir, crear corrientes inspiradoras, y cuanto menos, crear escuelas donde puedan formarse los grandes del mañana (no porque creamos ser tan buenos escritores como para enseñar a todos los demás que vendrán, sino para que otros tengan ya parte del camino hecho sobre la base de las enseñanzas que nosotros debemos recopilar).

Y en cierto modo, en el club de lectura *El Libro Durmiente* queremos crear una escuela literaria para formar a quienes sienten la necesidad de escribir. No en vano decía Belgrano, ese gran estadista y militar argentino: «Fundar escuelas es sembrar en las almas» (Manuel Belgrano, abogado, periodista, político y militar argentino, 1770-1820) [fuente: Citado en *Estrellas del pasado*. Daniel Balmaceda. Editorial Penguin Random House, Grupo Editorial Argentina, 2015].

Imágenes en Pixabay de:

<i>Gerd Altmann</i>	<i>Gordon Johnson</i>
<i>Raskhan Kaderi</i>	<i>Vicki Nunn</i>
<i>svklimkin</i>	<i>Pete Linforth</i>
<i>Fabio Chikilino</i>	<i>Ivana Tomaskova</i>
<i>Matthias Groeneveld</i>	<i>Khusen Rustamoy</i>
<i>Steve Buissinne</i>	<i>Lars Nissen</i>
<i>Susann Mielke</i>	<i>Makla 62</i>
<i>Marisa04</i>	<i>Ri Butov</i>
<i>Peggychoucair</i>	<i>Peter H</i>
<i>Maurice Le Bail</i>	<i>Alexa</i>
<i>Mystic Art</i>	<i>un-perfekt</i>
<i>Eden Moon</i>	<i>Clker-Fre-Vector-Images</i>
<i>Glady</i>	<i>Iván Tamás</i>
<i>Nino Souza</i>	<i>Mohamed Hassan</i>
<i>congerdesing</i>	



www.revistaesfinge.com